

Historia de las colecciones del Museo de la
Plata, 1884 – 1906: naturalistas viajeros,
coleccionistas y comerciantes de objetos de
historia natural a fines del Siglo XIX

Máximo Ezequiel Farro

Directora: Dra. Irina Podgorny

Facultad de Ciencias Naturales y Museo – UNLP

2008

Tomo I

Capítulo IV

La formación de las colecciones de la Sección Arqueológica del Museo de La Plata: corresponsales, coleccionistas ‘comerciantes’ e instituciones extranjeras en el marco de la competencia por la adquisición de antigüedades calchaquíes.

§ 1 *La formación de las primeras colecciones de la sección arqueológica del Museo de La Plata: las compras al ‘coleccionista comerciante’ Manuel B. Zavaleta y la emergencia de un mercado para las antigüedades calchaquies*

Como se ha mencionado en el capítulo anterior, durante los primeros años que siguieron a la fundación del Museo, y a medida que se iba finalizando su monumental edificio, se hizo evidente la necesidad de grandes colecciones para completar las exhibiciones de sus vastos salones. En el caso de la proyectada sección de Arqueología Americana, se contaba solamente con las colecciones que habían pertenecido al *Museo Antropológico y Arqueológico*, como una pequeña serie de vasos cerámicos procedentes del Perú que habían sido donados en 1878 por el general Bartolomé Mitre, y la colección que había sido armada por Moreno en su primer viaje al noroeste en 1876, cuando estaba empleado en las compañías de seguros que dirigía su padre, las que había presentado al público por primera vez en ocasión de la “Segunda Exposición Científica e Industrial”, organizada por la *Sociedad Científica Argentina* en los altos del *Teatro Colón*. Esa colección había sido armada en distintas localidades de las provincias de Santiago del Estero y Catamarca -como Río Dulce, Andalgalá, Belén, Tinogasta y Santa María-, y estaba compuesta por:

[...] una punta de flecha perfectamente trabajada, recogida en Pucnilla (Provincia de Catamarca); varios morteros adornados con figuras de mónstruos y lagartos de dos cabezas, recogidos en la Provincia de Catamarca pertenecientes a los indios Calchaquies; 30 ídolos y fuentes de piedra adornadas, representando generalmente figuras humanas; 80 hachas y martillos y 25 piedras de honda, de los antiguos indígenas de Salta, Catamarca y Santiago del Estero; dos escudos de bronce; un hacha, un martillo, dos rejas de arado y dos instrumentos para trabajar la alfarería, pertenecientes á los Calchaquies.¹

Ante la necesidad de nuevas colecciones para completar los salones de exhibición, en los primeros meses que siguieron a la fundación del *Museo de La Plata*,

¹ Cf. Anónimo a: 150 y Moreno 1901. Para una reseña acerca de los objetos trabajados en piedra de dicha colección, véase Gutiérrez 1877.

fue adquirida en 1.000 libras esterlinas una colección que pertenecía Arístides Martínez (1843-1912), un coronel e ingeniero geógrafo chileno, que había sido miembro del cuerpo de ingenieros militares en la guarnición de la frontera araucana, y que ejercía en el momento que Moreno lo conoció en Santiago de Chile, como senador nacional por la provincia de Atacama.² Martínez había formado esa colección durante la campaña al Perú en 1879, donde participó como comandante de la división de reserva del ejército chileno en las batallas y tomas de las ciudades de Chorrillos, Miraflores, Lambayeque, Libertad y Trujillo. En efecto, la colección estaba compuesta por unos 745 vasos realizados en cerámica, procedentes en su mayor parte de los yacimientos del litoral marítimo del Perú, de las localidades de Chiclayo, Trujillo, Moche, Chimbote, Charni, Ancón, Lambayeque, Guañape, Ica y Nazca, y una pequeña serie procedente de Tiahuanaco, en el altiplano boliviano.³

Asimismo, en 1885 ingresó una serie de antigüedades del Perú, Bolivia y de la región noroeste de Argentina, compuesta por objetos en cerámica, bronce y cobre, como hachas, ídolos, morteros, platos, armas de bronce, y tan-tanes, o campanas realizadas en cobre, perteneciente a colección popularmente conocida como “Museo Bennati” que se obtuvo, como se ha visto en el capítulo anterior, en un remate público.⁴

El interés de Moreno en las series arqueológicas procedentes de Perú y Bolivia se relacionaba con la posibilidad de establecer, mediante estudios comparativos, las probables relaciones entre los restos de aquellas civilizaciones con los hallazgos similares realizados en la región noroeste de Argentina.⁵ Así, la primera colección importante de antigüedades procedentes de los llamados valles calchaquies, fue adquirida en 1888 para el *Museo de La Plata* a Manuel B. Zavaleta, un estanciero y comerciante nacido en Salta, residente en la provincia de Tucumán, cuyas ocupaciones principales estaban vinculadas a emprendimientos como la cría de hacienda para la venta, la fabricación de hielo en la ciudad capital de la mencionada provincia, y el ejercicio del puesto de comisario de policía en el valle de Tafí.⁶ Zavaleta se había

² Figueroa 1888.

³ Torres 1927: 273.

⁴ Citado en Podgorny 2008.

⁵ Cf. Capítulo II.

⁶ Zavaleta era hijo de Benjamín Zavaleta y Dalmira de la Vega, y estaba casado con Margarita Estevez Zavalía. Para un perfil biográfico y una reseña de sus actividades en el noroeste, véase Paéz de la Torre 1973, González 1983, Scattolin 2000 y Tarragó 2003.

iniciado en el comercio de colecciones hacia fines de enero de 1885, luego de recibir una visita de Florentino Ameghino para revisar la colección depositada en la casa que el coleccionista tenía en Buenos Aires. En esa ocasión, Ameghino le envió una carta con sus opiniones acerca de la importancia que tenían las colecciones desde el punto de vista científico;⁷ luego de este contacto personal, el coleccionista ofreció en venta al *Ministerio de Instrucción Pública* ocupado por el Dr. Filemón Posse, una colección de 120 antigüedades y una serie de restos de mamíferos extinguidos, por el valor de 15.000 pesos moneda nacional, con destino al *Museo Nacional*. En la carta de ofrecimiento, Zavaleta transcribió textualmente los argumentos que Ameghino le había dado por carta. Burmeister, director de la mencionada institución, desistió de la adquisición de los restos fósiles argumentando que el delicado estado de conservación de los mismos impedía su clasificación, pero en cambio se mostró interesado en adquirir las antigüedades calchaquies, que habían sido revisadas detenidamente junto a Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Lamas.⁸ Como señaló este último en la tasación de esa colección, el valor de la misma residía en que era el primer conjunto de materiales arqueológicos representativo de los valles calchaquies en general, con objetos procedentes de las provincias de Catamarca, Tucumán, y Salta.

Recordemos aquí que desde mediados del siglo XIX la región había sido visitada por exploradores, naturalistas viajeros y estudiosos que habían formado pequeñas colecciones en localidades específicas: una de las primeras descripciones de la región apareció en la obra *Lettres médicales sulla América Meridionale* (1856-57) del médico italiano Paolo Mantegazza; posteriormente, fue visitada por Martín de Moussy (1857), por el suizo Johannes J. von Tschudi (1858) y por Burmeister (1857-60).⁹ En 1875, Juan Martín Leguizamón (1833-1881), un coleccionista residente en Salta dedicado a la antropología y arqueología, y socio corresponsal del *Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*, de la *Sociedad Científica Argentina* y de la *Société*

⁷ *Apéndice IV-II*.

⁸ Cf. *Apéndice IV-I*, N° 3 y 4. En 1877 Burmeister había enviado a la *Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, de la que era miembro corresponsal desde 1872, el *Álbum* de Liberani y Hernández producto de las excavaciones en la Loma Rica, junto con una pequeña colección de objetos del valle de Santa María, y una reseña de las exploraciones de Moreno en Catamarca. Cf. Burmeister 1877.

⁹ Scattolin 2000.

d'*Anthropologie* de París, había estudiado en los alrededores de aquella capital los túmulos del Campo del Pucará.¹⁰

Las colecciones de Moreno, como hemos visto, fueron armadas en distintas localidades que en su mayor parte se encontraban en el territorio de Catamarca. Durante el verano de 1877, un profesor italiano del *Colegio Nacional de Tucumán*, Inocencio Liberani (1847-1921), con el apoyo del *Ministerio de Instrucción Pública de la Nación*, exploró el yacimiento de Loma Rica, en el valle de Santa María (Catamarca), cuyos resultados fueron publicados en un *Álbum* con fotografías que reproducían dibujos de los yacimientos, las tumbas y las piezas recolectadas.¹¹

A diferencia de las anteriores, las colecciones armadas por Zavaleta eran representativas de localidades que se distribuían ampliamente a lo largo de los valles de las provincias de Tucumán, Catamarca y Salta.¹² Por ese motivo, luego de una negociación, el Gobierno Nacional le pagó a Zavaleta la suma de 5.000 pesos oro (6.850 pesos m/n).

Enterado de esto, con el objeto de obtener colecciones similares para el *Museo de La Plata* Moreno proyectó una expedición en aquellas regiones; como le comentó en una carta a Ramón Álvarez de Toledo: “Estoy ideando un viaje a Catamarca, valles Calchaqués, Salta y Jujui, ½ Marzo-½ Junio. A Burmeister se le va a abrir el apetito

¹⁰ Leguizamón 1876.

¹¹ Liberani y Hernández [1877] 1950. Liberani había nacido en Ancona, en 1846, cursando estudios en la Universidad de Roma donde se diplomó de bachiller en ciencias naturales. Vino al país en 1873, y apoyado por Nicolás Avellaneda se trasladó a Tucumán donde el 12 de febrero fue nombrado profesor del Departamento de Agronomía y de Ciencias Naturales en el *Colegio Nacional*. Con sus recursos personales y ayudado por sus alumnos inició la formación de un Museo Regional de Historia Natural, emprendiendo en 1876 la primera exploración al valle de Santa María, regresando al año siguiente junto al profesor Rafael Hernández para explorar las ruinas de la ciudadela ubicada en el cerro Loma Rica. Los descubrimientos que realizaron fueron enviados y comunicados en los congresos internacionales de Bruselas y Madrid, y en la Exposición Universal de 1878. Ese año fue designado profesor de Historia Natural, Fisiología, Higiene, Física y Química en la *Escuela Normal*, a propuesta del director Paul Groussac. Fue también presidente de la *Comisión Nacional de Higiene* en 1880, Concejal municipal en 1882, 1890, 1894 y 1896, vicepresidente de la sección tucumana del *Instituto Geográfico Argentino* y presidente de la *Sociedad Científica Argentina* en 1884. En 1897 fue presidente del Consejo General de Educación, y ejerció también como director del Banco de la Provincia de Tucumán, entre 1905 y 1907. Cf. Badano 1943: 89, Podgorny 2000 b, Podgorny y Lopes 2008.

¹² *Apéndice IV-I* N° 5, y el catálogo y tasación de la “Colección Zavaleta”, en *Apéndice IV-I* N° 6.

con lo que tiene Zavaleta y temo que envíe a algún acólito suyo”.¹³ En efecto, con posterioridad a esa primera compra, Burmeister le encargó al coleccionista la formación de nuevas series calchaquies: en 1887 adquirirá para el *Museo Nacional* una nueva colección de 240 piezas en 10.000 pesos oro, es decir, unos 13.500 pesos moneda nacional.¹⁴

A raíz de esto, y con motivo de la cesión en calidad de depósito al *Museo de La Plata* de las colecciones arqueológicas de Samuel Alexander Lafone Quevedo, quien será nombrado como corresponsal de la institución en Catamarca, Moreno presentó al *Ministerio de Gobierno* de la provincia de Buenos Aires un proyecto de exploración arqueológica en aquellas regiones en franca competencia con el coleccionista tucumano y con Burmeister:

Las importantísimas colecciones que el señor Don Samuel Lafone y Quevedo ha depositado en este establecimiento compuestas de vestigios de las antiguas sociedades humanas que ocuparon en otro tiempo el Norte de la República me impulsan á que me permita solicitar del Exmo. Gob. de la provincia, algunos elementos para hacer la exploración de vastos depósitos de antigüedades, aun intactos, situados en la provincia de Catamarca, que dicho señor Lafone me ha indicado y otros cuya existencia conozco desde mi excursión á aquellos parajes realizada en 1876 con mis propios recursos. Los resultados de esa excursión que hacen parte, por donación mía, de las colecciones actuales de La Plata, son de más valor que los objetos que ha adquirido últimamente el Gobierno Nacional por la suma de 13.500 pesos m/n., y por este dato U.S. juzgará de la importancia que tendrá la nueva excursión que proyecto, en la cual no se invertirá suma mayor que la de dos mil pesos moneda nacional. No tengo la menor duda de que realizado este viaje, antes de que lo hagan otras personas que lo proyectan con miras de interés pecuniario, el "Museo La Plata" sería poseedor de un material científico sobre las civilizaciones perdidas, de primer orden, único en su

¹³ Carta de Francisco P. Moreno a Ramón Álvarez de Toledo, 10 de febrero de 1885, *Archivo del Museo Histórico Nacional*.

¹⁴ Burmeister 1887. En 1887, 1 peso oro sellado equivalía a 1,35 pesos moneda nacional. Cf. Olarra Jiménez 1968.

género, y sería así el centro de los estudios de historia americana precolumbiana, en lo que se relaciona con la parte austral del continente.¹⁵

Este proyecto no fue aprobado y, a pesar de los reparos expresados originalmente hacia los coleccionistas que hacían comercio con las antigüedades, en 1888 Moreno decidió la adquisición en 16.500 pesos moneda nacional de una colección a Zavaleta, que Burmeister había rechazado, compuesta de unas 400 piezas y ocho cráneos.¹⁶ La compra se fundamentaba, para Moreno, en el hecho de que se trataba de una serie única, formada por objetos de los que carecía el Museo, aunque reconocía que si se hubiese aprobado su proyecto de una exploración a la región se podría haber obtenido colecciones a un precio mucho menor:

El sistema de exploraciones bien dirigidas y sin que de ellas se ocupen los periódicos que despiertan el interés comercial, es el más económico a mi modo de ver para llevar a muy grande altura nuestro Museo. En él se suprime la compra de colecciones innecesarias cuando no se trata de objetos únicos, y en apoyo de lo que dejo manifestado está el caso de la colección arqueológica del Sr. Zavaleta adquirida últimamente por el Excmo. Gobierno en la suma de \$ m/n 16.500, suma que si bien es inferior a la pagada (principalmente por el Excmo. Gob. de la Nación, por colecciones semejantes destinadas al Museo Nacional y tazadas por las personas más competentes de la Capital de la República, es en su nueve décimas partes superior a la que hubiera empleado el Museo, si hubiera tenido éxito la gestión que tuve el honor de hacer ante Vd. en el año ppdo., cuando solicité la suma de dos mil pesos m/n para atender a los gastos de una exploración a los valles Calchaquies. Es allí donde el Sr. Zavaleta ha reunido sus colecciones, puntos muchos de los cuales conozco personalmente y donde el Museo hubiera obtenido esos mismos objetos y muchos otros de tanta y mayor importancia que los coleccionistas comerciantes desprovistos de toda preparación abandonan o destrozan. En el año 1876 practiqué una exploración arqueológica en Santiago del Estero,

¹⁵ Cf. Carta de Francisco P. Moreno a Manuel B. Gonnet, 23 de noviembre de 1887, *AHPBA-MG*, expediente Letra "M", N° 196, N° archivo 3770, ortografía y subrayado según constan en el original.

¹⁶ Moreno 1888 a.

invirtiendo solo la suma de mil pesos m/n, obteniendo una colección, donada más tarde a este Museo, que representa mayor importancia que la adquirida del señor Zavaleta.

Preparo en este momento una expedición con personal idóneo a las provincias del Norte para que explore minuciosamente las antiguas ruinas, antes de que dicho señor Zavaleta lo haga con la intención de negociar más adelante lo que obtenga, lo que debe emprenderse a todo trance y tengo la convicción de que el Museo va a reportar beneficios considerables con esa investigación.¹⁷

Por otro lado, había otro motivo que hacía de la exploración sistemática de las localidades de la región noroeste el medio más apto para la obtención de colecciones que se relacionaba con la autenticidad de las piezas recolectadas: al abrir en La Plata los cajones que contenían la colección vendida por Zavaleta, se comprobó la presencia de varios objetos falsificados, y otros con las procedencias mal consignadas, ya que aquél los había mezclado con el doble propósito de formar grandes lotes, con el objeto de obtener mayor precio y, al mismo tiempo, para mantener los lugares donde habían sido halladas a resguardo de la curiosidad de otros posibles competidores. Cabe destacar aquí que Moreno estaba al tanto de las prácticas de falsificación de piezas que se habían registrado en la época tanto en Chile como en Buenos Aires, y que fueron comentadas en la época entre los individuos dedicados al montaje de colecciones americanas, como el caso de una serie de objetos tallados en madera que el diplomático Charles Wiener le había mostrado en Santiago de Chile en 1884, y el de unos “tam-tam”, o campanas de cobre decoradas, que había hecho fundir el empresario Adolfo Esteban Carranza (1824-1890), a partir de dos modelos originales. Como le comentó Moreno a Ramón Álvarez de Toledo, secretario del gobernador Dardo Rocha, con motivo de la donación que aquel hiciera de un vaso peruano realizado en plata:

Mucho te agradezco el haber despejado el misterioso origen del precioso vaso peruano que me enviaste para el museo. Te confío que en un principio desconfié de su autenticidad, pues ya la falsificación ha llegado

¹⁷ Carta de Francisco P. Moreno a Manuel B. Gonnet, La Plata, 10 de septiembre de 1888, *AHMLP*, LCC 1: folio 477.

hasta las antigüedades, y prueba de ello son los tam-tams que hizo modelar Dn. Ángel Carranza [...], hasta que la duda se ha disipado completamente al saber quién te hizo tan preciado regalo, Dn. Felicien Cajaraville, es un auténtico colega mío adquirí hace algunos años una buena colección peruana, sobre la cual hizo interesantes publicaciones, raras hoy. El “Museo La Plata” posee una momia que él donó a la *Sociedad Científica Argentina*, y que esta envió más tarde al *Museo Antropológico*.¹⁸

El hallazgo de piezas falsificadas y con procedencia cambiada en las colecciones que Zavaleta vendió para el *Museo de La Plata*, motivó la presentación de un nuevo proyecto para una expedición a las provincias del norte costada con fondos de la provincia, fundamentado nuevamente en la notable diferencia de costos entre la compra a coleccionistas particulares y el sostenimiento de una expedición sistemática en aquellas regiones:

La Nación y la Provincia de Buenos Aires han adquirido varias veces colecciones arqueológicas reunidas en las provincias de Tucumán y Catamarca, pagando por ellas algunas decenas de miles de pesos. Convencido de que dichas colecciones habían sido formadas sin criterio alguno ya que figuraban desgraciadamente muchas piezas apócrifas, que dificultarían, no siendo bien conocidas, el estudio de esos vestigios, decidí emprender a favor del Museo la exploración de las provincias andinas del Norte [...]. Esa exploración aclararía dudas sobre algunos objetos adquiridos por la Provincia, entre muchos de primera importancia, y el conocimiento del medio en que se exhumaron esos objetos, su relación con otros de igual índole, agregando a esos su distribución geográfica, despliega gran valor para su estudio provechoso. Además el Museo obtendría a mucho menos precio mucho más abundantes materiales de autenticidad asegurada.¹⁹

¹⁸ Cf. Carta de Francisco P. Moreno a Ramón Álvarez de Toledo, 10 de abril de 1886, *Archivo del Museo Histórico Nacional*.

¹⁹ Moreno 1889 b.

Paradójicamente, una de las consecuencias de estas primeras compras a Zavaleta, caracterizadas por las importantes sumas pagadas por Burmeister y Moreno con el fin incrementar los acervos de las instituciones a su cargo, transformaron la actividad en un negocio rentable, estimulando las actividades de excavación por parte de los residentes en los valles del norte. Para obtener una idea aproximada de lo que significaban estas sumas para estas instituciones, los 20.350 pesos m/n abonados por Burmeister superaban a los fondos ejecutados del presupuesto del *Museo Nacional* para todo el año 1887 (\$m/n 19.800), que comprendían los doce meses de salarios del director y siete empleados, los gastos para el funcionamiento general, el aumento de las colecciones y series bibliográficas, y la publicación de sus *Anales*.²⁰ En el caso del *Museo de La Plata*, los 16.500 pesos m/n abonados por Moreno equivalían prácticamente al presupuesto ejecutado en 1887 (\$m/n 17.172) con el que se sufragaban los sueldos de doce meses del director y diez empleados, y los gastos de exploraciones, exhibiciones, compra de libros y arreglos en el edificio.²¹

Si para los directores de ambos museos esas sumas equivalían a los presupuestos anuales, para un hacendado como Zavaleta, los 36.850 pesos de ganancia obtenidos en las ventas de sus colecciones, representaba aproximadamente el valor de venta en el mercado interno de unas 1.800 vacas, o de unas 1.200 mulas o caballos; en el caso de la exportación a Chile o a Bolivia equivalía a lo obtenido por la venta de 900 animales.²² Por este motivo, luego de sus primeras ventas, el hacendado residente en Tucumán formará grandes colecciones compuestas por urnas funerarias, pucos, yuros, objetos en piedra como morteros, hachas y pipas, objetos de cobre y oro, instrumentos de madera, puntas de proyectil, momias y cráneos, además de fósiles y minerales, con piezas que procedían de Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán y Rioja, que eran adquiridas a través de proveedores locales.

²⁰ Los gastos mensuales del *Museo Nacional* para 1887 se dividían de la siguiente manera (en \$ m/n): Director, 300; Inspector, Bibliotecario y Secretario, 200; Naturalista Viajero, 120; Ayudante, 100; Preparador, 90; Ayudante Cazador, 50; Portero, 35; Sirviente, 30; para aumento y conservación del Museo, 500; Para instalación y aumento de la Biblioteca, 100, Para impresión de las publicaciones anuales (en texto y láminas), 100; total por mes: **1.650**; al año: **19.800**. *AGN-I/MIP*: 1887, legajos 5 y 9.

²¹ Cf. *AHMLP*, LCC 1 “Gastos MLP, 1887”.

²² La cabeza de ganado vacuno valía 20 pesos fuertes, los caballos y mulas 30 pesos fuertes, o 6 libras esterlinas; en el caso de la exportación el valor ascendía a 40 pesos fuertes por cabeza, es decir 8 libras esterlinas. Valores de referencia tomados de Burmeister 1944, tomo II, Espeche 1875 y White 1881-1882.

Para comprender el contexto en el que desarrolló sus actividades, en primer lugar, es necesario destacar que Zavaleta estaba relacionado localmente con otros empresarios ligados como él al negocio de exportación de ganado a los países limítrofes, negocio que tuvo su apogeo precisamente durante la década que se extiende entre 1885 y 1895.²³ Así, por su participación en el negocio de las haciendas, tomó contacto con otra práctica comercial -muy difundida en la zona andina meridional y que tuvo su auge en el ámbito de los valles calchaquies a fines del siglo XIX-, que se había desarrollado con anterioridad al negocio de la venta de colecciones a los museos, y en la que estaban implicados los vendedores de mulas y los troperos que se dedicaban a comerciar sus animales en Perú: la búsqueda de "tesoros" escondidos o "tapados".²⁴ Este negocio funcionaba de la siguiente manera: una vez comerciados los animales en el mercado peruano, y en vísperas de su regreso a Jujuy o Salta, se les ofrecía a los troperos de los valles, a cambio de una suma que variaba entre 300 y 500 pesos, el secreto de un tesoro escondido o "tapado". Al mismo tiempo se les entregaba un papel con el título de "Derrotero", en donde se consignaba la ubicación del mismo y las instrucciones de cómo llegar.²⁵ La leyenda aseguraba que los españoles, conduciendo caudales para el rey de España, para evitar exponerlos a que cayeran en manos de patriotas sublevados, enterraban varias cargas de oro y plata, que se estimaba llegaban a una tonelada.²⁶

En la región noroeste, de este floreciente negocio participaron junto a los troperos, los propietarios de las fincas, los funcionarios de los gobiernos provinciales, los comisarios, los "lavadores" de oro, los empresarios dedicados a la detección de minas, los peones y otros residentes locales. Pero a diferencia de estos buscadores de "tapados" que actuaban sólo a nivel local formando colecciones en los alrededores de sus pueblos y priorizando la obtención de objetos de oro y vendiéndolos al mejor postor, Zavaleta actuó a nivel regional, formando grandes colecciones y estableciendo con el correr del tiempo un verdadero monopolio en la provisión de colecciones arqueológicas a los museos y coleccionistas particulares, tanto en el país y como en el extranjero.

En consecuencia, para la obtención de colecciones, Zavaleta utilizó la infraestructura del comercio de animales, por medio de una red de contactos con los

²³ Campi 2000.

²⁴ Ambrosetti 1896.

²⁵ *Ídem*.

²⁶ *Ídem*.

habitantes de los poblados donde se encontraban los yacimientos arqueológicos, quienes se dedicaban a la agricultura y al pastoreo. En efecto, si se analizan las procedencias registradas en los catálogos de sus colecciones,²⁷ se observa que las mismas coinciden en líneas generales con el llamado "camino de las haciendas", esto es, las rutas del tráfico ganadero para la exportación, que desde el centro de la provincia de Tucumán, se dirigían a Chile, Bolivia y Perú.²⁸

Si bien el armado de colecciones de antigüedades provenientes de los valles calchaquies para la venta a los museos se había transformado en un negocio rentable, el desarrollo de la empresa traía aparejados una serie de riesgos para todo aquél que no contara con los recursos materiales y humanos, ni con los contactos locales necesarios para llevarla a cabo. Entre las dificultades a salvar se destacan el transporte de objetos frágiles por caminos accidentados, la obtención de peones para el trabajo de excavación, la posesión de animales de tiro y de carga en cantidad suficiente y, sobre todo, el permiso de acceso por parte de los propietarios o de la autoridad policial, a los campos en donde se hallaban las ruinas.

Por su doble condición de hacendado y comisario, Zavaleta detentaba una posición privilegiada para llegar a convertirse en el mayor proveedor de colecciones arqueológicas. En primer lugar, por su condición de hacendado residente en la zona, podía resolver de manera más sencilla que los no lugareños, aquellos problemas de índole práctica relacionados con la organización del trabajo, como la obtención de mano de obra o el transporte, carga y embalaje "problema este último casi siempre de muy difícil solución que pone a prueba la paciencia, recursos de ingenio y experiencia del viajero".²⁹ Recordemos aquí que los caminos "carreteros" en esta región no abundaban y la mayor parte de aquellos que unían los yacimientos con los pueblos principales eran de "herradura" y quebrados, lo que desalentaba el uso de carros y obligaba a la utilización de mulas para el transporte.³⁰ En el caso de las colecciones arqueológicas, la fragilidad y tamaño de algunos objetos hacían necesaria la utilización de muchos animales. Si se tiene en cuenta, por ejemplo, que sólo dos urnas funerarias del valle de

²⁷ Cf. *Apéndices IV-I* N° 6 y *IV-II*...

²⁸ Sobre este camino véase Tschudi [1858] 1966, Burmeister 1944, tomo II, Espeche 1875, White 1881-1882, Brackebusch 1966.

²⁹ Ambrosetti 1907: 6.

³⁰ Burmeister 1944, tomo II, Espeche 1875, Hüniken 1894, Schikendantz en Burmeister 1944, tomo III.

Santa María formaban, debido a su tamaño, la carga de un animal, para transportar de cuarenta a sesenta de las mismas -que era el promedio en las colecciones de Zavaleta-, era necesario contar con al menos una recua de veinte o treinta mulas. El viajero que no las poseía podía comprarlas o alquilarlas en el lugar; si optaba por lo primero, con un precio promedio de 50 pesos cada una, una recua de 20 mulas costaba alrededor de 800 pesos, a lo que había que sumar entre 150 y 200 pesos del jornal de los troperos y los peones para cargar y descargar los animales, lo que hacía un costo total de 1.000 pesos.³¹

A esto se agregaba el problema del correcto balanceo de las cargas para evitar los desplazamientos durante el transporte, que en los caminos elevados podían provocar la pérdida de las colecciones.³² Además, si las rutas que se debía atravesar pasaban por los faldeos de las montañas, se debían utilizar, en vez de cajones, petacas construidas en cuero que por su flexibilidad no sólo se ajustaban mejor al cuerpo del animal, sino que evitaban las posibles roturas de lo transportado.³³ Los cajones de madera o metal en ese tipo de caminos hacían la carga inmanejable ya que debían ser ajustados a cada rato para evitar que la mula se cayera por un precipicio; y el mismo balanceo que introducían en la marcha hacía que se rompieran con facilidad al chocar con los bordes rocosos o contra las ramas de los árboles, lo que obligaba a reforzarlos periódicamente con metal o con trozos de cuero.³⁴ Zavaleta utilizaba además un dispositivo con dos grandes cavidades a modo de red, que se ajustaban al cuerpo de las vasijas; para el transporte desde la ciudad a las estaciones de ferrocarriles usaba cajones de madera. Con respecto al embalaje de los objetos, para rellenar los cajones o las petacas con el fin de evitar que se rompan al chocar entre sí, se utilizaban dos elementos ligados también a la explotación ganadera, como los fardos de pasto y los vellones de lana sucia.³⁵

³¹ *Apéndice IV-III* N° 1, 2 y 3.

³² White 1881-1882.

³³ *Ídem*.

³⁴ *Ídem* y *Apéndice IV-III* N° 2 y 3.

³⁵ *Ídem*. Otro procedimiento utilizado para proteger las vasijas contra las roturas al momento de transportarlas, conocido con el nombre de "chipado", consistía en atar fuertemente todo el cuerpo de la pieza de cerámica hasta cubrirlo totalmente con tiras de piel de cabrito previamente mojadas; al secarse el cuero se ajustaba a la pieza de tal manera que la hacía más resistente a los golpes. En cambio, los objetos de piedra, como

En segundo lugar, por su condición de comisario, Zavaleta estaba en condiciones de sortear otro escollo muy común en las provincias del norte a fines del siglo XIX - sobre todo en las provincias de Catamarca y Tucumán-, como era la obtención de peones para trabajar. En efecto, por medio de una ley y detentando un poder sobre los paisanos que recordaba a "los tiempos de los señoríos feudales",³⁶ los comisarios de policía eran los que ejercían el control y manejo de la peonada.³⁷ Con respecto al problema de la mano de obra, los testimonios de viajeros a aquellos parajes, en la segunda mitad del siglo XIX, abundan en referencias a las dificultades de encontrar ayudantes útiles para los trabajos en el terreno.³⁸ En principio, los peones no entraban en servicio si no se les adelantaba por lo menos el jornal de un mes; aun abonando la cifra requerida, el empleador no aseguraba para sí el inicio inmediato de las tareas. Por el contrario, el adelanto conspiraba contra la posibilidad de contar con trabajadores sobrios, ya que era gastado en aguardiente en los almacenes y tabernas de la zona. La costumbre estaba tan extendida que se sancionó una ley para evitar la deserción y mantener a los peones en orden, por medio de la vigilancia policial.³⁹ La misma establecía que toda aquella persona que necesitara contratarlos tenía la obligación de comprar una libreta en la comisaría, en la que debía ingresar la edad del peón, el período de servicio y el sueldo estipulado; el empleador debía firmarlo en presencia de los oficiales y del futuro empleado. La libreta original permanecía en manos del primero, y una copia de la misma quedaba en aquella repartición: si el peón violaba el contrato pactado, el comisario lo obligaba a devolver el dinero adelantado, bajo pena de arresto. Una de las consecuencias de esta fue que posibilitó el manejo discrecional de la mano de obra por parte de las autoridades encargadas de mantener el orden.⁴⁰ Como se puede

los morteros, ídolos y hachas por su dureza no exigían mayores cuidados y eran envueltos directamente con arpillera. Cf. Márquez Miranda 1936-41: 188.

³⁶ White 1881-1882.

³⁷ Para un estudio acerca de la influencia de las "leyes de conchabo" en el ámbito del trabajo en las provincias del norte, véase Campi 2001; Campi y Lagos 1999. Acerca del papel desempeñado por los comisarios en la red tendida por Juan Bautista Ambrosetti en el interior del país, para la obtención de colecciones etnográficas e información acerca de las costumbres de los indígenas, véase Pegoraro 2005.

³⁸ Brackebusch 1883 a y 1966, White 1881-1882.

³⁹ White 1881-1882.

⁴⁰ En el caso puntual de la provincia de Catamarca, otro factor que contribuyó a la dificultad de encontrar peones y evitar las deserciones, era de tipo económico: el auge de la industria azucarera en Tucumán

apreciar en las fotografías⁴¹ que muestran el desarrollo de sus expediciones en distintas localidades del noroeste, y por sus habituales declaraciones a los periódicos, muy probablemente esta posición de comisario le permitió a Zavaleta contar en todo momento con peones en número suficiente para desarrollar trabajos de excavación a gran escala, en varios puntos, de manera simultánea.

§ 2

El desarrollo de las expediciones arqueológicas del Museo de La Plata en la región noroeste y la cooperación del corresponsal Samuel Alexander Lafone Quevedo en la organización de las tareas y la obtención de colecciones.

La organización de una expedición a las provincias del norte desde la ciudad de La Plata, que se encontraba a algo más de mil kilómetros de aquellas regiones, no era sencilla. Para poder competir con coleccionistas locales como Zavaleta quien, como hemos visto, poseía las ventajas derivadas del hecho de residir en la zona y de las redes de conocidos ligados al negocio de la hacienda que se extendía por todos los valles, había que salvar una serie de obstáculos. Según se desprende de los testimonios y recomendaciones de los viajeros que visitaron aquella región durante la segunda mitad del siglo XIX, desde el punto de vista de la organización del trabajo en el terreno debían salvarse, por un lado, problemas relacionados con la logística y la infraestructura disponibles y, por otro, con la obtención de mano de obra. Así, al estar las instituciones científicas ubicadas en centros urbanos alejados de los lugares que pretendían explorar, era fundamental para los directores y los estudiosos de las mismas establecer relaciones de cooperación con algún residente en la región, que diera apoyo de distintas maneras a las tareas que se llevaran a cabo. En primer lugar, era necesario contar con una carta de recomendación para las autoridades principales que, en el caso de las provincias del norte, eran "el jefe político, el intendente de policía y el jefe militar".⁴² Estos, a su vez, facilitaban el acceso al terreno y contribuían a la organización y la logística del viaje mediante la redacción de cartas de presentación a los miembros de sus redes de

asociado a la llegada del ferrocarril a esa región, produjo un éxodo de trabajadores catamarqueños. Cf. Lafone Quevedo 1894.

⁴¹ Cf. Zavaleta 1906.

⁴² Brackebusch 1883 a: 210

parientes y conocidos que se extendían a lo largo de los valles,⁴³ la provisión de medios de transporte para acarrear las colecciones armadas (mulas, caballos y carros) y los elementos necesarios para el embalaje (cajones de madera o metal, petacas, fardos de lana y pasto, clavos y alambres); la obtención de mano de obra (como los peones para los trabajos de excavación y recolección de objetos, y los arrieros para transportar los animales); la provisión de depósitos o "cuarteles generales" en donde almacenar las colecciones a la espera de la salida del ferrocarril con destino a las ciudades donde se encontraban las sedes de las instituciones; y el servicio de proveeduría de alimentos y herramientas para el viajero y sus asistentes. Por otro lado, en los pueblos del interior de las provincias del norte, no había hospedajes y el viajero dependía de la hospitalidad de los habitantes que ofrecían alojamiento en sus propias casas.⁴⁴ Asimismo, se debía contratar los servicios de guías y baqueanos que por su conocimiento en detalle de la región, hacían posible el acceso a sitios desconocidos por el estudioso.⁴⁵ Otro factor importante era establecer relaciones con alguna casa de comercio de la zona, donde se recibieran los correos y donde el viajero, en caso de quedarse sin dinero, pudiera obtener una cuenta corriente para gastos en provisiones u otras eventualidades: se debe tomar en consideración que el sistema de giros postales internos, que permitía enviar sumas de dinero hacia las principales ciudades y pueblos del interior, fue establecido recién hacia comienzos de la década de 1890.⁴⁶

En otro orden de cosas, para el *Museo de La Plata* el establecimiento de relaciones de cooperación para llevar adelante con éxito las tareas de recolección de objetos, se hizo imperioso sobre todo a partir de la última década del siglo XIX, en un contexto marcado por el creciente interés por las colecciones de antigüedades calchaquies, de parte no sólo de otras instituciones del país y de coleccionistas locales,

⁴³ Cf. *Apéndice IV-IV*.

⁴⁴ "En el Norte de la Argentina existen hoteles propiamente dichos, solamente en las ciudades más grandes. En los pueblos chicos uno está obligado exclusivamente a buscar la hospitalidad que se ofrece siempre con buena voluntad". Cf. Brackebusch 1966: 213.

⁴⁵ En ocasiones, en las provincias del norte el estudioso dependía para acceder a los sitios de su interés de los servicios de criminales, contrabandistas y fugitivos de las autoridades policiales, quienes, ora por sus actividades comerciales ilícitas, ora por la necesidad de esconderse, tenían un conocimiento muy preciso acerca de los pasos en las quebradas y sobre sitios de muy difícil acceso y de interés para el geólogo, el topógrafo o el arqueólogo que buscaban colecciones de minerales explotables, puntos para la realización de triangulaciones o cementerios en las alturas de los cerros, respectivamente. Cf. Brackebusch 1966: 220, y Boman, 1908, tomo II: 477.

⁴⁶ Bose 1966.

sino también de las instituciones científicas extranjeras. De ese modo, otras instituciones científicas localizadas en la ciudad de Buenos Aires organizaron simultáneamente viajes de expedición al noroeste con el mismo propósito. En 1890 Burmeister envió a Salta a su hijo Carlos, naturalista viajero del *Museo Nacional de Buenos Aires*, con el fin de realizar excavaciones de tumbas en esa provincia, en la Quebrada del Toro y Seclantás.⁴⁷ En 1895 Juan Bautista Ambrosetti, a la sazón bibliotecario y director del museo etnográfico y arqueológico del *Instituto Geográfico Argentino*, inició sus primeros trabajos de exploración en la misma provincia con la cooperación de un influyente residente local, el Dr. Indalecio Gómez (1850-1920), quien jugó un papel fundamental en el desarrollo de sus trabajos en el terreno.⁴⁸

Asimismo, otros residentes en aquella región se dedicaban a la formación de colecciones. Desde 1896, el médico alemán Max Schmidt, un corresponsal del *Museo Nacional de Buenos Aires* residente en Andalgalá (Catamarca), envió a esa institución no sólo objetos de historia natural, sino también importantes colecciones arqueológicas.⁴⁹ Ese mismo año, Adán Quiroga (1863-1904) juez de paz e intendente de la ciudad de Catamarca, y coleccionista de piezas arqueológicas y recopilador del folklore calchaquí, visitó las ruinas del Departamento de Pomán y la región de Tinogasta y Abaucán, donde formó importantes colecciones de vasijas.⁵⁰ Otro coleccionista fue Enrique S. Mariani, un italiano residente en Salta que ejercía como

⁴⁷ Cf. *Apéndice IV-VII*.

⁴⁸ Ambrosetti, ya como director del *Museo Etnográfico* (1904) y profesor de arqueología y etnografía americana en la *Facultad de Filosofía y Letras* de la *Universidad de Buenos Aires* continuó trabajando en la provincia de Salta hasta 1908, en uno de los establecimientos de Gómez (Pampa Grande) y en "Puerta de La Paya" y "Casa Morada" (Departamento de Cachi). A partir de ese año, trasladó las exploraciones hacia el norte, en los alrededores del pueblo de Tilcara, en Jujuy.

⁴⁹ La colección que donó al *Museo Nacional* estaba compuesta por 38 urnas funerarias, 106 vasijas de diversas formas y tamaños, 4 hachas de piedra, 1 collar de cuentas de piedra, 4 ídolos (1 de piedra y 3 de barro cocido) y 27 objetos diversos. El museo sólo abonaba los gastos de transporte de objetos desde Catamarca a Buenos Aires. Cf. *Informe del Museo Nacional correspondiente al año 1898*: 8 y 15. En 1896, Schmidt envió una colección similar, compuesta de 64 piezas procedentes de los alrededores de Andalgalá, al *Museum für Völkerkunde* de Berlín. Cf. "Informe de Salvador Debenedetti acerca de la colección Zavaleta depositada en Dahlem", *A ME*, legajos Zavaleta.

⁵⁰ Quiroga 1896 b.

maestro de escuela, y que en sus ratos libres compilaba también información sobre el folklore y la lingüística de la región.

Por esos años, también las instituciones extranjeras se interesaron por obtener colecciones de antigüedades calchaquíes para sus acervos y exhibiciones.⁵¹ El director del *Museum für Völkerkunde* de Berlín, Adolf Bastian, envió en 1893 una expedición a América del Sur, a cargo del Dr. Max Uhle (1856-1944), quien había publicado un estudio en dos volúmenes sobre las colecciones arqueológicas y etnográficas sudamericanas depositadas en el Museo de Leipzig -que habían sido formadas por Alphons Stübel, Wilhelm Reiss y Wilhelm Koppel-,⁵² y, junto con Stübel, una descripción detallada del sitio de Tiahuanaco, en base a fotografías y mensuras tomadas por aquel en 1876 y 1877.⁵³ En la primera parte del viaje, Uhle recorrió el interior de las provincias de Catamarca, Rioja, Tucumán y Salta.⁵⁴ Desde 1896, otro alemán, el Dr. Herman von Ihering (1850-1930), director del *Museu Paulista* (Brasil) y autor de varios trabajos sobre arqueología comparada entre los indígenas de ese país y sobre los calchaquíes,⁵⁵ realizó gestiones con el objeto de obtener colecciones del noroeste para aquella institución.⁵⁶

⁵¹ Podgorny 2000 a.

⁵² Uhle 1889-1890.

⁵³ Uhle y Stübel 1892.

⁵⁴ Durante esa etapa del viaje el recorrido de Uhle fue el siguiente: "From Córdoba I went on mule back to Catamarca, from Catamarca by way of Chumbicha to Tinogasta, from Tinogasta north and south, to Fiambalá and Chilecito, then on again by Belén, scouring its mountain valley twice; then by Andalgalá to Tucumán and from there to the high valley of Calchaquí, wich I got to know from Fuerte Quemado to Molinos; the on again by Conchas to Salta. Here I am sitting now and awaiting the final windup of my Argentine collecting affairs in order to be able to go soon to Bolivia, the principal field of my studies." En abril de 1893, envió a Berlin desde Salta una colección proveniente de los sitios de Medanito, Tinogasta, Aimogasta, y Anillaco-Watungasta. Cf. Carta de Max Uhle a J. D. E. Schmeltz, Salta, 1893, en Rowe 1954.

⁵⁵ Ihering 1891, 1895, 1904.

⁵⁶ Cf. Carta de Hermann von Ihering a Florentino Ameghino, en *OCyCC*, tomo XX, carta N°.... En 1901 von Ihering le escribió a Samuel Lafone Quevedo: "Peco a VS a lembrar-se do meu desejo de obter para as colleccões deste Museo uma pequena mais instructiva colleccão de objectos da cultura Calchaquí, especialmente vasos. Nao podendo gastar para este fim sommas grandes preço a VS^a ver se talvez um dos Museos Argentinos disponha de duplicatas, podendo eu em permuta offerer objectos prehistoricos do Brasil e como raridade uma colleccão mui rica e variada de objectos ethnographicos dos indios Carajás de Goyáz, colleccão que actualmente represente o mais valioso e magnifico do que possoo dispor. Se pois VS^a tal vez me possa servir neste assumpto, queira entender-se com os Museos de La Plata o B. Ayres,

En 1897, en el marco de una expedición a América del Sur apoyada por la *Société des Americanistes* y el Ministerio de Instrucción Pública de Francia, el americanista Henri de la Vaulx excavó tumbas en el valle de Tafí (Tucumán) en los alrededores de los puntos donde habían excavado los peones del coleccionista Zavaleta.⁵⁷ También las sociedades científicas de Italia tenían una red de corresponsales formada por curas franciscanos residentes en Salta y Jujuy, quienes enviaron con asiduidad desde aquellas provincias colecciones de antigüedades y objetos etnográficos al *Museo de Firenze* y a otras exhibiciones internacionales como la de Génova.⁵⁸ Entre estos, se destacó el presbítero Jerónimo Lavagna (1834-1911), fundador del *Museo Politécnico* en la ciudad de Córdoba en 1887, que realizó excavaciones en Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca.⁵⁹

Entre 1888 y 1902 las expediciones del *Museo de La Plata* se concentraron mayormente en la provincia de Catamarca y, en forma minoritaria en parte del territorio de Tucumán, Salta y Jujuy: en 1888-9 el naturalista viajero suizo Adolf Methfessel (1836-1909), recorrerá los alrededores del Ingenio en Pilciao, y las localidades ubicadas sobre el valle de Santa María, realizando excavaciones sobre todo en las localidades de

bem como con o Sr. Ambrosetti, a quem peço apresentar os meus cumprimentos”, CITA ortografía según consta en el original.

⁵⁷ “Cette ville [Tafí] représente le plus important vestige d'une civilisation disparue, et partout, aux alentours, l'on trouve des souvenirs des races Calchaquies. C'est en ce point que M. Zavaleta avait quelques mois auparavant fait exécuter des fouilles par des gauchos ignorants. Aussi ces fouilles faites sans ordre et sans méthode donnèrent-elles des résultats infimes. Je me fis conduire par mon hôte à l'endroit où M. Zavaleta avait fait exécuter ses recherches. De tous côtés à terre gisaient des débris de poteries.” Cf. Vaulx 1901. En el transcurso de esa misión, e inmediatamente antes de su viaje a Tucumán, este americanista recorrió durante 16 meses el interior de la Patagonia, desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes (Usuahia), donde recolectó 427 cráneos y 10 esqueletos, —sobre todo en los cementerios de Colhué Huapí, en el centro de Chubut, y en Santa Cruz—, objetos etnográficos modernos, instrumentos de piedra, cueros y esqueletos de aves y mamíferos, algunos fósiles marinos e insectos. Asimismo, presenció ceremonias y realizó observaciones etnográficas. Cf. Vaulx 1897-1898.

⁵⁸ Hamy 1896.

⁵⁹ Lavagna había nacido en Savona, Italia. Arribó a Buenos Aires en 1870, donde se dedicó a la enseñanza del latín en diversos establecimientos religiosos. Años más tarde recorrió los valles Calchaquíes (sobre todo en las provincias de Salta y Jujuy), llegando a Tarija en Bolivia, donde realizó excavaciones, obteniendo así gran cantidad de fósiles y antigüedades calchaquíes. A su regreso, estableció relación con Hermann Burmeister, director del *Museo Público*, a quien informó sus hallazgos, la importancia de los mismos y de la necesidad de que esa institución realizara una exploración detenida de la zona, que finalmente concretará el empleado Enrique de Carles en 1886-7. Parte del material recolectado por Lavagna fue exhibido en la *Exposición Universal de París* de 1878 (como representante de la provincia de Salta, junto con Juan Martín Leguizamón que también exhibe sus colecciones) y en la *Exposición Continental de Buenos Aires* (1882), donde obtuvo una medalla de plata y una mención especial por sus trabajos. En 1886 exhibió nuevamente sus colecciones en la *Sociedad Rural Argentina* y se estableció en la ciudad de Córdoba, donde fundó el *Museo Politécnico*, que dirigirá hasta 1906. Cf. Brackebusch 1883 a, de Carles 1888, Sergi 1940, Petriella y Sosa Miatello, Podgorny 2000 a y 2007.

Loma Rica y Loma Redonda, registrando los trabajos en un diario, y haciendo una serie de dibujos y acuarelas. En 1893, en el marco de una expedición geológico-topográfica a las provincias del Norte, se organizó desde el Museo una exploración de carácter arqueológico, dirigida por el antropólogo holandés Herman F.C. ten Kate (1858-1931). En 1898, con el objetivo de formar colecciones para la muestra que debía representar a la institución en la *Exposición Continental de Buenos Aires* (1898), fue enviada una expedición a Salta y Jujuy para recoger antigüedades, a cargo del preparador alemán Wilhelm Gerling (1859-?).

Para salvar las mencionadas dificultades que implicaba la organización del trabajo en regiones distantes, se contó con la cooperación fundamental de Samuel Alexander Lafone Quevedo, un empresario minero dedicado a la filología y la arqueología, residente en el Departamento de Andalgalá, que era propietario del establecimiento "Pilciao-Las Capillitas", que junto al establecimiento "La Constancia" de Adolfo Esteban Carranza, formaban lo que en la época era conocido como el "emporio minero catamarqueño".⁶⁰ Los Lafone eran una influyente familia de comerciantes oriundos de Liverpool, dedicada desde inicios del siglo XIX al tráfico comercial entre el Río de la Plata e Inglaterra, con especial énfasis en las actividades saladeriles, el curtido de cueros, la navegación a vapor, y la explotación ganadera en la campaña bonaerense, Montevideo y las Islas Malvinas; asimismo, como producto de estas actividades habían desarrollado vínculos con los más importantes círculos de negocios y sociabilidad porteños desde al menos 1830.⁶¹

Enviado por su padre a Inglaterra, Samuel Alexander había estudiado en la Universidad de Cambridge en el período 1848-1857, donde obtuvo el título de bachiller en humanidades (*Magister Artium*); y en 1860 se había instalado en la región de Santa María (Catamarca), como administrador del establecimiento minero, "Las Capillitas" - formado por las explotaciones de "La Restauradora", "Rosario" y "La Carmelita"-, que había sido adquirido por su padre, con el fin de explotar mineral de cobre en gran escala, y en menor medida dedicarse a la extracción de oro y plata.⁶² Entre 1860 y 1880, es decir, el período de producción máxima de las minas, este empresario amasó una

⁶⁰ Cf. Hünicken 1894 y Lafone Quevedo 1894 a.

⁶¹ Cf. Capítulo I.

⁶² Furlong 1962 y 1964.

considerable fortuna,⁶³ asociado con otras familias de origen británico que habían arribado al Río de la Plata en tiempos de Rivadavia para dedicarse a la minería en aquella zona, como los Henwood y los Blamey, con quienes se casaron sus hermanas.⁶⁴

Algunos años más tarde los ingenios de fundición fueron trasladados hacia el sur, a "Pilciao", un algarrobal situado a veinticinco kilómetros al sur de la capital departamental de Andalgalá, localidad considerada en ese momento como "El Dorado de América del Sur", y donde, según el testimonio de viajeros británicos, Samuel Alexander llevaba la vida de un auténtico "lord of the manor".⁶⁵ Cabe destacar aquí que hacia el último tercio del siglo XIX Andalgalá era el segundo departamento en importancia de esa provincia, debido principalmente al activo comercio interior ligado a la explotación minera, la viticultura y los alfalfares; al mismo tiempo, la minería impulsaba otras actividades asociadas, como el comercio de productos ultramarinos primero desde Chile y luego desde Buenos Aires -monopolizado por Carranza y por la firma comercial *Lafone, Franco & Co.*; y la cría de hacienda, principalmente mulas para el trabajo en las minas y para exportación a Bolivia y Chile.⁶⁶

El ingenio "Pilciao" se hallaba en medio de un espeso bosque de algarrobo y ocupaba un área con forma de círculo de 400 metros de diámetro; dentro del mismo se ubicaban, a un lado, las instalaciones para refinar el mineral que consistían en seis hornos de fundición, dos hornos de refinación y uno de calcinación; todos eran de

⁶³ En efecto, entre 1866 y 1875 bajaron sólo de la mina "Restauradora" al Ingenio, 22.000 toneladas de mineral, que produjeron 79.000 quintales de cobre importando la suma de 1.580.000 pesos, dejando una ganancia neta de 80.000 libras esterlinas. En la época de mayor prosperidad las ganancias de Lafone alcanzaron las 200.000 libras esterlinas anuales. Cf. Hüniken 1894, Lafone 1894 a y Furlong 1964.

⁶⁴ Cf. Capítulo I.

⁶⁵ Los viajeros británicos se sorprendían al arribar a la residencia de Lafone, por el contraste entre el paisaje desértico con construcciones rústicas de pilares de madera, techos altos y paredes de adobe, y los vitraux de la iglesia importados de Inglaterra, los coros de niños indígenas que cantaban los oratorios de Mendelssohn, el "Nazareth" de Gounod y repertorios del tiempo de la Reina Victoria, con música ejecutada por Samuel en el piano o en el harmonio. También destacaban los grandes banquetes ofrecidos en Pilciao, para no menos de cincuenta comensales, atendidos por gran cantidad de sirvientes indígenas, con servicio de mesa al estilo británico, utilizando mantelería, cristalería y platería importada de Europa, y diversos productos de ultramar como conservas de sardinas, ostras, langostas, róbalos y bebidas como oporto, claretos y jerez, y toda suerte de confituras. Cf. Ross Johnson 1868, White 1881-1882, Cabrera 1943, Márquez Miranda 1943 y 1958, y Furlong 1964.

⁶⁶ Santa María, Andalgalá y Tinogasta jugaron papeles claves en este comercio ya que poseían campos de invernada-engorde para el ganado en tránsito hacia los países vecinos. Así, hacia mediados de la década de 1870, alrededor de 5.000 mulas y 1.000 burros servían como medios de locomoción para el tráfico comercial; a este número se sumaba el ganado empleado en las explotaciones mineras. Cf. Espeche 1875: 329-334.

reverbero, alimentándose de madera proveniente del bosque de algarrobos circundante. Del otro lado se ubicaban las viviendas para obreros y sus familias, que formaban en total un conjunto de 600 habitantes. En medio de estas estructuras se situaban la iglesia, la farmacia, las casas de aprovisionamiento de vestido y comida y la escuela donde se instruían unos 80 alumnos.⁶⁷ En el Ingenio, y en una estancia ubicada a cinco kilómetros hacia el norte, llamada “Santa Rita de Huasan”, propiedad de Lafone Quevedo y su cuñado Blamey, se producían víveres para el consumo, como maíz, trigo, porotos, higos, animales vacunos, jabón y velas, para sustentar a los obreros y sus familias.⁶⁸ También se producían tejidos de vicuña y de lana para la venta, plantas medicinales, ladrillos y distintas clases de madera para la construcción como algarrobo negro y blanco, chañar y retamo.⁶⁹ El Ingenio contaba también con una importante cantidad de animales para el transporte del mineral; una vez fundido éste era transportado mediante arrias de mulas propias y otras arrendadas a troperos riojanos, que partían hacia el sur, a la estación de ferrocarril en Chumbicha, ramal que empalmaba en la localidad de "Recreo" con el *Ferrocarril Central Norte*, con destino a Córdoba, y de allí a las ciudades de Rosario, Buenos Aires y La Plata.

Hacia mediados de la década de 1860, Samuel Alexander se había relacionado con los círculos de sociabilidad que gravitaban alrededor de la figura del general Mitre, con quien compartía su afición por el estudio de las lenguas americanas. Así, por intermedio de Ángel Justiniano Carranza (1834-1899), hermano de Adolfo, se vinculó al *Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades* (1872); y desde 1876 formará parte de la *Sociedad Científica Argentina*, como socio corresponsal en Catamarca.⁷⁰ Fue precisamente en los meses de mayo y junio de ese año cuando Moreno visitó por vez primera las instalaciones del ingenio en Pilciao, utilizándolo como base para sus expediciones arqueológicas, y en cuyos alrededores formó sus primeras colecciones calchaquies para su gabinete particular. Como se ha visto en el capítulo I, las familias de Moreno y Lafone Quevedo estaban relacionadas por lazos comerciales que se

⁶⁷ Cabe destacar que Samuel Lafone Quevedo fue Inspector de Enseñanza Primaria en el Departamento de Andalgalá, entre 1878 y 1892, e Inspector de los departamentos del oeste de esa provincia desde 1886. En su establecimiento se enseñaba a los hijos de los empleados las asignaturas de Religión, Lectura, Caligrafía, Aritmética, Historia Patria, Música y Canto. Cf. Cabrera 1943, Furlong 1964, Márquez Miranda 1958-1959.

⁶⁸ Espeche 1875.

⁶⁹ *Ídem*.

⁷⁰ Anónimo b y c.

remontaban a la década de 1830, cuando sus padres Samuel Fisher Lafone (1805-1871) y Francisco Facundo Moreno (1819-1888) habían participado en los distintos emprendimientos comerciales y financieros desarrollados en Montevideo por Pedro Zumarán, y otros comerciantes de origen británico. **[ver de acá en adelante]**

Es a partir de 1888, luego de depositar su colección personal para formar la subsección de “Arqueología Calchaquí”, y de ser nombrado por Moreno como curador honorario de la misma, que Lafone Quevedo movilizará los recursos locales descriptos hasta aquí, poniendo a disposición de los empleados del *Museo de La Plata* la infraestructura de la explotación minera para el desarrollo de las tareas en el terreno, indicando los sitios apropiados para realizar excavaciones, actuando como corresponsal de la institución y coordinando las tareas de recolección de objetos en aquella región.

En efecto, y como se desprende de los registros de gastos del Museo, esta infraestructura y la logística montadas alrededor de la minería y el comercio de importación y exportación posibilitó el proceso de montaje de colecciones de antigüedades calchaquíes: de allí salieron los cajones, la lana, el pasto, el alambre y los cueros para embalar las piezas, los peones para los trabajos de excavación, los arrieros para transportar las colecciones desde donde fueron extraídas hasta el Ingenio y de allí hasta la estación del ferrocarril en Chumbicha, las herramientas, la comida y las provisiones para los empleados. También la firma de Lafone actuó como prestamista, y como receptora de la correspondencia y los telegramas para los empleados del Museo.⁷¹

Además de este apoyo del orden material, Samuel Lafone Quevedo puso a disposición del Museo su red de relaciones personales, que se extendían por todos los valles de la provincia de Catamarca, y aún más allá, y cuyos miembros lo proveían de objetos e información acerca de las actividades de Zavaleta y de las otras expediciones en la zona, como la enviada en 1893 por el *Museum für Völkerkunde* de Berlín.

Estos contactos eran además de vital importancia para el montaje de colecciones, debido a otra dificultad característica de la zona, como era la proverbial negación de algunos habitantes locales de filiación indígena a entregar o vender objetos de “los antiguos”, basada en creencias y supersticiones que presagiaban futuras desgracias o catástrofes; como aparece mencionada de manera recurrente en los trabajos publicados por los estudiosos de la época, para vencer esta negativa era necesario recurrir a algún

⁷¹ Cf. Apéndice IV-III N° 1, 2 y 3.

residente influyente que intercediera en favor del coleccionista.⁷² En la provincia de Catamarca, especialmente en las localidades de Andalgalá y Tinogasta, por ejemplo, algunas vasijas eran atesoradas como amuletos, poseedores según sus dueños de características especiales, como la capacidad de conservar por más tiempo el agua fresca, por lo que se hacía difícil lograr que aceptaran entregarla voluntariamente, aun mediando el dinero, ya que se consideraba que la cesión provocaría pérdidas de cosechas o cambios bruscos en el clima.⁷³

En el nivel más básico, Lafone Quevedo movilizó a las familias de los empleados de su empresa en pos de la obtención de colecciones para el *Museo de La Plata*. Así, instruyó a los hijos de aquellos, que concurrían a la escuela que funcionaba en el Ingenio, para que recolectaran piezas arqueológicas o dieran aviso ante cualquier hallazgo realizado.⁷⁴ Es de destacar aquí que los niños en las provincias del norte estaban integrados plenamente en el mundo del trabajo y, por sus destrezas especiales - relacionadas con el conocimiento exhaustivo de la zona, la buena vista, la resistencia y destreza física- y porque no solicitaban un pago por los servicios prestados, los viajeros los encontraban útiles como asistentes en las tareas en el terreno.⁷⁵

⁷² Podgorny 2007 a.

⁷³ Así, Adán Quiroga al mencionar las alfarerías y objetos encontrados en "El Puesto" (Tinogasta), agradeció al residente Tristán Salazar: "por medio de quien conseguí objetos de este lugar, La Troya, San José y otros puntos, pues es necesario para obtenerlos, que nos hagamos auxiliar de personas que sepan quién los posee, pues que las *cosas de los antiguos* como dicen los indios de Tinogasta, en entregándolas, donadas o vendidas a un *gringo* o coleccionista, de seguro hácenles venir daño: por lo menos creen que con poseer estas cosas tienen la felicidad en casa, lo que es un rastro indígena bien remarcable en aquellas poblaciones". Cf. Quiroga 1896 b. Por su parte, en Andalgalá, ciertas piezas tenían un uso doméstico, ya que se las consideraba como amuletos que tenían poderes especiales, y los pobladores se oponían fuertemente a regalarlas o venderlas. Como comenta Lafone, refiriéndose a una serie de cántaros y urnas: "ninguno de ellos tiene uso, no siendo ese más moderno del afortunado poseedor, que ve en estos hallazgos "su suerte", como ellos dicen, y pretenden que por alguna virtud sobrenatural pueden conservar la frescura del agua que en las tales ollas se meta, como no lo harían otras de más moderna fabricación. Debido a estas "abrusiones" cuesta á veces conseguir que los dueños quieran deshacerse de prendas rodeadas de tan misteriosa potencia, y así quedan en las casas ó ranchos hasta que en algún descuido les toca la suerte de todo tiesto de barro, y entonces su destino es el basurero. [...] Recuerdo que en Tinogasta en el año 1886, al proponer yo compra de algunos de los vasos que dibujaba en mis carteras, contestóme la dueña de ellos: ¿Cómo quiere usted que se los venda cuando son mi suerte?. Mucha de esta gente les da un valor de "mascota", y más fácil es que se lo dejen quitar por una violencia entre si es no simulada, y no que la enajenen voluntariamente. Las excavaciones en los panteones viejos van precedidas con ceremonias preliminares de desagravio". Cf. Lafone 1908: 355-6.

⁷⁴ Lafone 1908. Sobre el papel de los niños en la estructura de trabajo de Pilciao, y en la recolección de datos y objetos, véase las remembranzas de uno de ellos en Cabrera 1943.

⁷⁵ En el caso de Pilciao, en 1881 los niños actuaron como ayudantes de campo del naturalista británico Ernest William White, quién utilizó sus servicios en las tareas relacionadas con la caza de aves para la formación de colecciones ornitológicas. Cf.

Por otro lado, todos los empleados de las minas y del ingenio tenían la orden de recolectar piezas o de comunicar con prioridad los hallazgos, para aumentar la colección que Lafone periódicamente enviaba por el ferrocarril a La Plata; esto incluía también al administrador del Ingenio, el alemán Friederich Schickendantz (1837-1896) quien recibía también encargos de antigüedades para el *Museum für Völkerkunde* de Berlín.⁷⁶

Además de la red conformada por los empleados, existía otro circuito por donde se obtenían objetos e información para el Museo, y que estaba conformado por las redes de reciprocidad estructuradas alrededor del parentesco ritual, como el compadrazgo, relaciones estas que tenían su correlato espacial, atravesando los valles de la provincia en todas direcciones. Como se puede apreciar a partir del caso del peón y arriero Pedro J. Sosa, residente en la localidad de Belén, en ese contexto de reciprocidad Lafone Quevedo intercambiaba con sus compadres y comadres, recursos de distinto tipo por colecciones para el *Museo de La Plata*:

El Dr. Moreno le escribe a mi tío Luis y le dice que me de a mi fondos para los gastos y que me vaya a los puntos de Corral Quemado a hacer escabaciones, también tengo aviso que han encontrado un

White 1881-1882, Tomo II: 198-99. En el caso del trabajo de campo arqueológico, los niños residentes en la zona se destacaban sobre todo por su capacidad de localizar y recolectar puntas de flecha, y por localizar yacimientos con mucha facilidad. Cf. Márquez Miranda 1936-1941.

⁷⁶ "Junto con su última carta, del 19 de marzo, recibí los folletos á que en la misma se refiere. Mucho me ha gustado lo que en ellos dice y comprendo que son apreciados también en Norte-América sus estudios arqueológicos. A este respecto le digo que Simón Acosta ha traído de La Candelaria -casi frente á El Tala, F.C.C.N., unos dos yuros, encontrados en una tina funeraria [...]. Ambos están a su disposición, *a pesar de que tengo la comisión del Museo Etnográfico de Berlín de recoger antiguallas para aquel*". Cf. Carta de Friedrich Schickendantz a Samuel Lafone Quevedo, Pilciao, 16 de Abril de 1892. AHMLP-Colección de manuscritos, Legajo N°... Schickendantz había nacido en Landau, Baviera, y había cursado estudios en Heidelberg y en Múnich, donde fue discípulo de Bunsen. En 1862 había sido contratado por Samuel Lafone Quevedo para realizar trabajos de química metalúrgica en el ingenio de Pilciao, siendo designado administrador del mismo desde 1871. En Tucumán fue también profesor de Química y Física del *Colegio Nacional*, y director de la *Escuela Agronómica*; y en Catamarca fue rector del *Colegio Nacional*. En 1892 se trasladó a Buenos Aires donde trabajó en el *Colegio Nacional*, y posteriormente fue designado encargado de la sección química del *Museo de La Plata*. Recomendado por Francisco P. Moreno y Pedro Arata, dejó ese cargo para aceptar la dirección de la Oficina Química de Mendoza, puesto que no llegó a desempeñar pues falleció en 1896.

quirquincho, y según dicen me parece que debe ser muy grande, y está con todo el esqueleto, solo la concha está quebrada. Aquí ya tengo unos objetos, entre ellos hay uno muy curioso, de piedra, ese se lo llebaré separado por que á la vuelta de Corral Quemado me iré a verme con Vd. según las cargas que aga; me encarga Dn. Narciso Bulacios dos carretillas. Si le consigue me avisa el importe para yo recibir de él y llebárcelo a Vd. Su comadre dice que no eche en olvido las palas de tejer y que resiba recuerdos de ella y Jacinta, su haijada bien, sin más órdenes.⁷⁷

Más aún, el mismo Sosa coordinaba en representación de Lafone Quevedo las compras de colecciones a los residentes locales, así como los trabajos de excavación y transporte en diferentes valles del interior de la provincia, y en Salta:

Llegué aquí y encontré su carta rrespecto a los burros y le yse un telegrama a Ud [...] en el biaje andube bien he dejado nueve cajones con los obgetos que he conseguido, son lindos y hemos conseguido unas rraices muy curiosas [...] creo que sera la tinta que ellos usaban para pintar las tinajas estas las llebo yo para que Ud bea, los cajones estan bien acordonados y presentados, de Don Ramón rrecibí \$ 150 de estos le di a Don Angel Carro \$ 100, el dice que hará 10 a 12 cajones, yo me boy a la falda a ver los obgetos que alle y me yre a esa. Carro ha quedado a mandar las cargas a la Mina o a Pilciao y dar abisos porque haora no habia arrieros⁷⁸

Sosa también recogía información por medio de conocidos en la provincia de Salta, acerca de los movimientos y los trabajos realizados en la región en 1893 por Max Uhle para el *Museum für Völkerkunde* de Berlín:

Yo debía ir a los Nacimientos, donde me dice un indibiduo que asiendo una escabacion se encontrarian muchos y yo creo que en esos trechos se encontrarían obgetos mui buenos [...] me digeron en Guachipas

⁷⁷ Carta de Pedro Sosa a Samuel Lafone Quevedo, Belén, 4 de marzo de 1893, *AHMLP*-Colección de manuscritos, Legajo N° 138, ortografía según consta en el original.

⁷⁸ Carta de Pedro Sosa a Samuel Lafone Quevedo, Belén, 14 de octubre de 1894, *AHMLP*-Colección de manuscritos, Legajo N° 138, ortografía según consta en el original.

que este Sor que compraba para el museo de Berlin estaba en Salta que habia ydo por Tucuman, y un paisano mio que a estado con el durante los dias que paro alli me dijo que no habia echo mucho, y paso a Bolibia, con rrecuerdos al Dtor. Moreno.⁷⁹

Por medio de estos emisarios, con el correr del tiempo, Lafone Quevedo se convertirá en el principal opositor a las actividades llevadas a cabo por coleccionistas “a lo *bric-à-brac*” como Zavaleta, compitiendo por la provisión de objetos y de información en aquella región. Ya en septiembre de 1889, en ocasión de una de esas expediciones que recorrían las localidades del interior de la provincia formando colecciones para el *Museo de La Plata*, el hacendado tucumano le había comunicado por carta a Florentino Ameghino, a quien le había prometido una colección de fósiles, la situación que se había desencadenado en la región:

En Enero próximo saldré para el valle Calchaquí y cumpliré lo que le prometí a Vd. y ahora mismo he recomendado a todos mis amigos del valle. Hay más de 100 extranjeros en compañía de Lafone en busca de objetos y fósiles para Moreno (y *pagan los ojos de la cara por cualquier cosa*); pero no desespero; creo salir a la orilla, confiado en que un buen amigo me ayudará.⁸⁰

En este sentido, las cartas intercambiadas, a través de Sosa, entre Samuel Lafone Quevedo y Juan Angel Carro, un amigo suyo residente en la localidad de Santa María que actuaba como su emisario allí, nos brindan una imagen elocuente de la competencia que se había desatado entre el empresario minero, que intervenía en representación de los intereses del Museo, y Zavaleta. También son ilustrativas acerca de la forma en que circulaba la información y se negociaba con los proveedores locales que vendían a la mejor oferta, tentados por los altos precios pagados por el hacendado tucumano, que paulatinamente habían hecho “subir la plaza”, dificultando la obtención de colecciones a buen precio:

⁷⁹ Carta de Pedro Sosa a Samuel Lafone Quevedo, Belén, 2 de enero de 1894, *AHMLP*-Colección de manuscritos, Legajo N° 138, ortografía según consta en el original.

⁸⁰ Cf. *Apéndice IV-I* N° 12.

Don Pedro Sosa me ha pedido algunos cajones de antiguallas, pero desgraciadamente no he podido hacerlo pues los que tenía fueron entregados a la Comisión del Sr. Moreno según carta orden de Vd. y que después de haberlo visto la última vez rectificó Vd. la referida entrega. [...] hoy he recibido cien pesos de Don Pedro Sosa para recolectarle objetos, los que trataré ponerlos a su disposición a la brevedad posible, encargando a los que tengo encargados para que me hagan la colección. Entre los objetos quiero mandarle los que se encuentran en el destruido pueblo de Piska Cruz, que me dicen son muy buenas ollas, al menos las que llevaron para un Sr. Tivon a Tucumán son muy hermosas lo mismo que las que ha mandado exprofesamente a sacar Zavaleta á esas no las he visto pero me han dicho que es lo mejor que se ha llevado hasta ahora. Yo haré los esfuerzos mayores en tratar de reunirle objetos buenos. Ramón Rosa Mercado tiene tres esqueletos indígenas y me ha dicho que uno está entero y con la simba encontrada en una cueva, y que parece están conservadas por una especie de cal, y en una cueva que jamás penetra la humedad. Yo no las conozco por que no quieren mostrarlas sin que antes se convenga de precios pero como es imposible sin ver su estado, de pesar de esto yo les he ofrecido quince pesos si están buenos como ellos me lo prometen pero me han pedido como ultimo precio cincuenta pesos, de manera que he decidido en proponer nuevamente y me dirá cuanto le ofrezco, y el estado en que deben estar para comprarlos, esto es si cree conveniente.

*El loco Zavaleta como le decimos aquí vulgarmente, nos ha hecho subir la plaza como le dirá el mismo amigo Sosa: de manera que los indios conocen el interés y piden mas por los objetos, pero yo en vista de la pobreza de nuestro país creo que conseguiré a precios cómodos y si así no consigo, le daré aviso para que ordene lo que crea conveniente".*⁸¹

⁸¹ Carta de Juan Angel Carro a Lafone Quevedo, Santa María, 5 de octubre de 1894, AHMLP-Colección de manuscritos, Legajo N° 138, ortografía según consta en el original y énfasis nuestro.

Carro también informaba con asiduidad a Lafone los últimos acontecimientos ocurridos en la región de Santa María, relacionados con las compras a los habitantes de la zona, los tipos de objetos que se ofrecían, el aumento de la demanda y las negociaciones necesarias para adquirirlos a precios razonables:

La colección de los panteones de frente del puesto, es una de las mejores que conosco hasta hoy, pero en ninguna de las escabaciones han sacado objetos de metal, como a sucedido en los depocitos de la fortificación, al poniente del pueblo [...] Solo me acompaña el pesar de haberme dejado llebar una colección encontrada en el lugar del “Paraíso”, le aseguro que nunca he visto objetos mejores, y como de valor entre ellos había dos tipas y dos sombreros de paja, trabajo indígena pero tan bien echo que demostraba el estado de industria en que se encontraban en aquellos remotos tiempos. *También había un objeto de barro que por el solo han pagado ciento cincuenta pesos, yo ofrecí en primera vista setenta pesos, pero tenía la idea de pagar otro tanto igual, esto creí, y con fundamento, que el dueño debía tratar de sacar el mejor precio posible, cuando tenía cuatro compradores, pero el Señor casique de Amaicha, que es un indio Ilala fue mas vivo a más afortunado y se la llebó, creo que son para el Doctor Quiroga ó Zavaleta.* Pero esto no deja de ser pesaroso y la razón que me disculpa es la distancia, y mi ocupación en esta, que no me deja tiempo para haberlo hecho como deseaba, y más que todo, *cada día se está haciendo mas costoso y molesto pues creen que cualesquier objeto vale un dineral.*⁸²

También, en esa correspondencia, Carro da testimonio de las ya mencionadas dificultades para conseguir colecciones en la región, debido a las creencias de los habitantes locales, lo que se ponía especialmente de manifiesto a la hora de conseguir cráneos extraídos de las “huacas” o tumbas:

⁸² Carta de Angel Carro a Samuel Lafone Quevedo, Santa María 5 de julio de 1896, AHMLP-Colección de manuscritos, Legajo N° 138, ortografía según consta en el original y énfasis nuestro.

Lo que no puedo conseguir son cráneos, y la razón es esta, que los cabadores, hombres por lo general ignorantes y llenos de superstición jamas quieren cargar un cráneo, ni mucho menos benderlo, pues tienen la idea que el que haga esto tiene una responsabilidad ante los ojos de Dios y por muchas que sean las razones que Vd les invoque, jamás les hace aceptar, esa creencia en ellos es una Ley inviolable.⁸³

Además de sus empleados y otros residentes ligados a sus negocios en la zona, para que colaboren con las tareas desarrolladas en el terreno por las expediciones del *Museo de La Plata* Lafone Quevedo movilizó también su red de relaciones con miembros del gobierno y de las reparticiones administrativas y educativas provinciales, articulada alrededor de los colegios nacionales, con quienes estaba en contacto por su participación en cuestiones de política local y por su cargo de “Inspector de Escuelas” en la región oeste de la provincia de Catamarca.⁸⁴ Así, para realizar los trabajos de levantamiento topográfico de las ruinas, contactó al ingeniero topógrafo noruego Gunnar Anfin Lange (1855-1915), jefe de la Comisión de Catastro de la provincia de Catamarca que se encargaba de la división y mensura de tierras, y que ejercía también como profesor del *Colegio Nacional* de esa provincia, junto con el sueco Eric Boman (1867-1924), con quien formaba parte también de la red de observadores en meteorología de la *Oficina Meteorológica Nacional* de Córdoba.⁸⁵ También fue quien consiguió los servicios como naturalista viajero del Museo del mencionado Adolf Methfessel, quien ejercía en ese momento como profesor de dibujo en el *Colegio Nacional* de Tucumán. Por los servicios prestados durante las expediciones arqueológicas, Lange, Methfessel, y Schickendantz, fueron posteriormente contratados como empleados de planta del Museo, con los cargos de topógrafo en la Sección de

⁸³ *Ídem.*

⁸⁴ Fue recorriendo los departamentos del oeste catamarqueño con el cargo de inspector de escuelas que en 1886 Lafone Quevedo comenzó a trabajar en los estudios arqueológicos, basados en la comparación con base geográfica del estilo cerámico presente en los objetos de las localidades de Tinogasta, Belén, Andalgalá y Santa María. Cf. Lafone 1897 b. Acerca del proceso de creación de los colegios nacionales en el interior del país, véase Hodge 1987; y sobre el papel de los mismos, entendidos como espacios articulados por el general Mitre para las contiendas políticas en el interior, véase Saguier 1996-1997.

⁸⁵ Sobre el tendido de esa red de observadores dedicados a la meteorología, articulada por Dr. Benjamin Apthorp Gould (1825-1896) alrededor de los laboratorios de los colegios nacionales, véase Hodge 1971 a y b, 1984 y 1987.

Exploraciones Nacionales, naturalista viajero de primera clase, y jefe del *Laboratorio de Química*, respectivamente.

Otro colaborador local relacionado con Lafone Quevedo, que sería nombrado por su intermedio como corresponsal del Museo en 1892, fue el ya mencionado Adán Quiroga, jurisperito que a la sazón ejercía como juez de paz, fiscal federal y presidente de la Comisión Municipal de la ciudad de Catamarca, y que actuaba también como abogado en el ámbito privado. La familia de Quiroga estaba muy relacionada con el general Mitre: su padre había formado parte de las redes que aquel había tendido en el interior para llevar adelante su proyecto político, y Adán ejercía como corresponsal del diario "La Nación" en Tucumán.⁸⁶ Quiroga y Lafone Quevedo compartían tanto su afición por las colecciones de arqueología, las compilaciones referidas al folklore calchaquí y la compulsión de documentos en los archivos provinciales, como el interés por los asuntos de la vida política local y nacional a través de su amigo en común Joaquín Víctor González (1863-1923), y el desarrollo de emprendimientos comerciales; además también eran socios activos con carácter de corresponsales, de la *Sociedad Científica Argentina* y del *Instituto Geográfico Argentino*.⁸⁷ La relación entre ambos se había iniciado cuando el empresario minero comenzó a publicar en periódicos regionales dedicados a la contienda política, -como el diario "Los Andes", que Quiroga poseía en Tucumán-, sus primeros estudios acerca del poblamiento de los valles, la toponimia regional y la historia de los calchaquíes;⁸⁸ casi en simultáneo, Quiroga también había comenzado a publicar en el periódico "La Actualidad" reseñas de sus viajes por los Bañados de El Pantano, Tinogasta, Belén y Andalgalá.

En este sentido, cabe remarcar que durante la década de 1880, a medida que sus obligaciones empresariales disminuían, producto de una merma en las actividades

⁸⁶ Cútollo 1987. Sobre la red de corresponsales del diario *La Nación* urdida por Mitre en el interior del país en pos de su proyecto político, véase Saguier 1996-1997.

⁸⁷ "En los archivos de aquí voy descubriendo cosas interesantes; hay mucho que estudiar, pero ahora que he renunciado a mi juzgado y me he metido a abogado, no tengo tiempo; la gente me asedia; pero en fin, tengo la esperanza de hacer algunos pesos, que esto vale más que todos nuestros fuertes, y pirkas, y huacas, y esqueletos, y pucos y yuros". Cf. Carta de Adán Quiroga a Samuel Lafone Quevedo, Tucumán, 11 de abril de 1895, *AHMLP*-colección de manuscritos, Legajo N° 144. Luego de su muerte acaecida en 1904, parte de las colecciones de Quiroga pasaron al *Museo Nacional de Bellas Artes*, estando formadas por 88 piezas y doce cráneos procedentes de Amaicha y Santa María, y dos piedras procedentes de Vinchina (La Rioja); posteriormente las mismas fueron ingresadas al *Museo Etnográfico* de la *Universidad de Buenos Aires*. Cf. Ambrosetti 1912: 42.

⁸⁸ Estos trabajos de Lafone aparecieron en 1890 bajo el título "Las migraciones de los indios en la América Meridional", estructurados en 16 capítulos, y publicados como folletín en siete entregas. Furlong 1964.

mineras,⁸⁹ Lafone Quevedo comenzó a dedicarle mayor tiempo a sus estudios de filología y arqueología regional, publicando también sus primeros trabajos en forma de cartas en el diario *La Nación*, que en 1888 fueron compiladas y editadas en un solo volumen titulado *Londres y Catamarca*.⁹⁰ En el diario de Mitre publicó también por primera vez sus estudios sobre las excavaciones que hizo en las huacas de Chañar-Yaco.⁹¹ Ya durante la década de 1890, y en línea con la cooperación obtenida para el Museo platense con estos apoyos locales, las expediciones de la institución adquirieron visibilidad pública cuando Lafone Quevedo publicó también allí una serie de sueltos acerca de los trabajos arqueológicos llevados a cabo por los empleados del museo; y, en el plano internacional, una breve reseña sobre la expedición del Museo en Catamarca, en *American Anthropologist*, donde remarcó la importancia que revestían estos trabajos en el contexto local.⁹²

En reciprocidad por la cooperación prestada, en 1892 Moreno lo nombró también como encargado honorario de la Sección de Lingüística, para la que Lafone Quevedo redactó las "Instrucciones del Museo de La Plata para los colectores de vocabularios indígenas" y un suelto sobre los cometidos de aquella sección, en el diario *La Nación*.⁹³ También le ofreció el espacio de la *Revista* y de los *Anales* del Museo donde, entre 1890 y 1896, aparecieron publicados sus primeros manuscritos sobre mitología andina, lengua y gramática toba y mocoví, y sobre arqueología, como sus excavaciones en las huacas de Chañar Yaco o la descripción de pueblo de Batungasta.⁹⁴

⁸⁹ Entre 1886 y 1892 se dio una disminución importante en la producción de las minas, por políticas del Estado nacional que no favorecieron ese tipo de emprendimientos; también la producción se vio afectada por las dificultades de obtención de mano de obra, atraída por la pujante industria azucarera de la provincia vecina de Tucumán. Finalmente, en 1902, las minas y tierras adyacentes junto con las antiguas fundiciones de Constancia y Pilciao fueron adquiridas por "The Capillitas Cooper Company", por 640.000 libras esterlinas, lo que le permitió dedicarse de lleno a sus estudios de lingüística y antropología. En un principio, Lafone vivió de manera alternada entre la ciudad de Buenos Aires (en el Hotel "Deux Mondes", ubicado en Corrientes y San Martín) y en su finca de Andalgalá; en 1909, ya como director del *Museo Nacional de La Plata*, adquirió una propiedad en esa ciudad.

⁹⁰ Furlong 1964: 20.

⁹¹ Lafone Quevedo 1888.

⁹² Lafone Quevedo 1891 d.

⁹³ Lafone Quevedo 1892 b y c.

⁹⁴ Lafone Quevedo 1890 a y b, 1891 c y e, 1892 a, c, d, f, g y h. Como se verá en el capítulo VI, hacia mediados de la década de 1890, cuando la institución se comprometió fuertemente con la cuestión limítrofe con Chile, cambiando no sólo la orientación y

Asimismo, en 1898, gracias a las gestiones de Moreno y el general Mitre en el *Congreso Nacional*, Lafone Quevedo fue nombrado oficialmente como encargado de la sección de “Arqueología y Lingüística Argentina”, con un sueldo mensual de 300 pesos, como parte del subsidio que el *Ministerio de Instrucción Pública* le otorgó al *Museo de La Plata* en 1893 para la exploración de los territorios nacionales.⁹⁵ Desde 1901, Lafone ejercerá como director interino en reemplazo de Moreno -quien se encontraba abocado a la Cuestión de Límites con Chile-, y desde 1906, cuando el Museo se incorpora a la estructura administrativa de la flamante *Universidad Nacional de La Plata*, debido a las gestiones de este último ante Joaquín V. González, será nombrado como director del Museo.⁹⁶ Por otro lado, Moreno ofreció también a Quiroga la posibilidad de publicar su primera síntesis sobre folklore calchaquí, titulada “Calchaquí y la epopeya de las cumbres”, la que constituyó el germen de dos de sus obras más importantes, *Calchaquí* (1897) y *La cruz en América. Arqueología Argentina* (1901).⁹⁷

Los estrechos vínculos que las familias de Lafone Quevedo y Quiroga tuvieron desde siempre con muchos de los políticos y comerciantes más importantes que residían en la ciudad de Buenos Aires, permiten matizar lo afirmado en los trabajos acerca de la historia de la etapa inicial o “liminar” de la arqueología de la región de Catamarca, donde aquellos aparecen como representantes de una tradición “filológica” que sería producto del interés por la interpretación de significados simbólicos a partir de objetos arqueológicos, ruinas, mitos, prácticas folklóricas o crónicas, con una visión humanista de la historia regional, derivada sobre todo de su condición de residentes en el interior y, por ello, con una supuesta sensibilidad especial para con el paisaje, su gente y su historia. Según este esquema, y en marcada contraposición, los estudiosos interesados en la arqueología calchaquí que residían en la ciudades de Buenos Aires y La Plata - donde se asentaban las “clases dominantes liberales”-, estarían inmersos en una

contenido de sus publicaciones, sino también dilatando en el tiempo su frecuencia de aparición debido a los compromisos y expediciones de Moreno que actuaba también como editor de las mismas, Lafone Quevedo comenzará a publicar sus trabajos en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* (a partir de 1894), en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* (a partir de 1895, su “Tesoro de Catamarqueñismos” por entregas) y en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* (a partir de 1897).

⁹⁵ AGN-I, MIP-C, “Museo de La Plata”: Legajos N° 1, 5, 7, 9, 11 y 12.

⁹⁶ García 2004.

⁹⁷ Quiroga 1893, 1897 y 1901.

tradición “naturalista” de cuño positivista, más interesada en el estudio de aspectos de carácter tipológico, formal y geográfico.⁹⁸

§ 3

Los trabajos desarrollados en el transcurso de las expediciones del Museo en relación con el proceso de montaje de las colecciones en el terreno.

Los trabajos llevados a cabo en Catamarca por Lafone Quevedo y Adolf Methfessel entre 1888 y 1891 para el Museo de La Plata, se diferenciaban de las prácticas de los "coleccionistas comerciantes" locales como Zavaleta, en varios aspectos. En primer lugar, según los testimonios de los estudiosos de la época, estos últimos no realizaban registros de carácter sistemático, y en los catálogos de venta a lo sumo consignaban vagamente en los catálogos el nombre del departamento provincial de donde habían extraído las piezas, por lo general ocultando la información verdadera con el objeto de no despertar el interés de posibles competidores. Otra práctica muy común, que dificultaba la posterior clasificación de las alfarerías por sus tipos de decoración, era que los coleccionistas, con el objeto de aumentar el número de piezas y obtener más dinero, separaban de las urnas los "pucos" que les servían originalmente de tapa, ofreciéndolos en lotes separados.⁹⁹ Asimismo, juntaban solamente las piezas enteras y las que estaban mejor conservadas y descartaban en el lugar las piezas rotas, los fragmentos, y las partes esqueléticas, con excepción de los cráneos, que aparecen invariablemente en todas las colecciones que vendieron en la época Zavaleta y otros buscadores de “tapados”.¹⁰⁰

⁹⁸ Haber 1995, Haber y Delfino 1996.

⁹⁹ Quiroga 1896 a.

¹⁰⁰ Como señaló Salvador Debenedetti al estudiar la colección que el hacendado tucumano vendió al *Museum für Völkerkunde*: “No es esta una colección típica y creo que convendría seleccionar las piezas para presentar una serie definida del arte prehispánico de las provincias de Tucumán, Catamarca y Salta. Sospecho que si el colector hubiera sido un arqueólogo habría juntado también fragmentos de alfarerías de más importancia que muchas de las piezas con que cuenta. Por ello, creo que el Sr. Zavaleta se ha preocupado de reunir los objetos enteros. En Fuerte Alto la segunda expedición de la Facultad de Filosofía y Letras encontró al borde de tumbas objetos despedazados que fueron abandonados allí, según confesión de los peones, por el Sr. Zavaleta, por la única razón de que no estaban enteros. Es de lamentar que no es posible

Al respecto, hacia 1890 Lafone Quevedo había remarcado con claridad la diferencia entre este tipo de colecciones y las armadas por él y Methfessel para el *Museo de La Plata*:

So far we only have the usual curiosity-monger's collection, wich fills a considerable space in public and private museums. They have been brought together without any regard to their history and accurate arrangement. An object, a skull, is said to be from Catamarca, without a hint that it matters very much from what district of this province, and from what particular archaeological stratum it comes. In fact, we are in the infancy of argentine research. Two years ago Dr. F.P. Moreno, director of the La Plata Museum, sent an exploring expedition to search and excavate up and down the Catamarcan area. The service of a very clever draughtsman and photographer were secured; consequently the first methodical attempt has at last been started to obtain reliable information on the racial and art antiquities of the Kakkan region of Argentine Republic.¹⁰¹

Asimismo, desde la *Revista del Museo de La Plata*, Moreno también había remarcado la diferencia entre las colecciones que se habían armado durante la expedición de Lafone y Methfessel, y las que ofrecían los “coleccionistas comerciantes”:

La manera como se practica por el Museo el examen escrupuloso de las destruidas moradas y sepulcros de los antiguos habitantes de los valles calchaqués, nos asegura deducciones exactas que no era posible obtener antes por la confusión que resultaba de la dudosa ubicación de casi todos los hallazgos anteriores, hechos por lo general por personas poco competentes ó interesadas en su venta, las que han alterado muchas veces la verdad sobre sus descubrimientos, mezclando los objetos de distintos yacimientos para

conocer las condiciones en que se han realizado los hallazgos. Para la ciencia esta condición es, a veces, más importante que el objeto mismo. La colección Zavaleta, en una palabra, más que para fines científicos ha sido hecha para la venta y, en verdad, harto bien la vendió.” Cf. “Informe de Salvador Debenedetti acerca de la colección Zavaleta depositada en Dahlem”, *AME*, legajos Zavaleta.

¹⁰¹ Lafone Quevedo 1891 d: 356.

obtener mayor precio, alteración muy perjudicial, si se tiene en cuenta la importancia capital de las antigüedades de nuestras provincias andinas, para el completo conocimiento de la historia del hombre americano pre-colombino.¹⁰²

En efecto, Lafone Quevedo y Methfessel recolectaron "tejas" o tiestos de cerámica, que se encontraban en grandes cantidades desparramados sobre la superficie del terreno, con el fin de poder reconstruir posteriormente las vasijas originales, o por ser ilustrativas de una decoración particular, que permitían hacer comparaciones estilísticas con las alfarerías de otros valles; lo mismo hizo Max Uhle durante su viaje en la región.¹⁰³ Además, Methfessel registró de manera minuciosa todos sus trabajos en un "*Diario de la comisión exploradora al Norte 1888-1889*",¹⁰⁴ acompañado por croquis de los sitios donde había excavado, dibujos de la disposición interna de los objetos en cada sepulcro, planos de las ruinas y una serie de fotografías, que fueron tomadas como base posteriormente por Ten Kate para proyectar el itinerario y los sitios a visitar durante la expedición en 1893.¹⁰⁵ Pintó también más de cincuenta acuarelas¹⁰⁶

¹⁰² Moreno 1890: 203.

¹⁰³ Según Debenedetti, la colección formada por Uhle en Catamarca estaba en "perfecto estado de conservación, y se ve que ha sido reunida con verdadero criterio de arqueólogo. Existen en ella abundancia de pequeños pedazos de alfarerías y todas sin excepción son de positivo valor, pues ó son demostrativas de formas, ó son un carácter saliente de una decoración, de un ornamento o de un atributo de la cerámica". Cf. "Informe de Salvador Debenedetti acerca de la colección Zavaleta depositada en Dahlem", *AME*, legajos Zavaleta.

¹⁰⁴ Ese diario fue revisado también por Antonio Rex González a comienzos de la década de 1950, cuando trabajó en los alrededores de la Loma Rica. Cf. González 1954. Actualmente se encuentra extraviado.

¹⁰⁵ "En dehors des collections archéologiques et anthropologiques, faites surtout près de la Loma Rica et de la Loma Quemada, dans la province de Catamarca, nous devons à Methfessel un journal (*Diario*) de fouilles (en manuscrit) très minutieux et de nombreux croquis, dessins et aquarelles, se rapportant à ce pays, à ses antiquités et à ses habitants. Il n'est que juste de répéter ici, que ce *Diario* et beaucoup de ces dessins m'ont été d'une grande utilité pour mon travail sur l'anthropologie des Calchaquís. En effet, presque tout ce que j'ai dit au sujet des modes funéraires de ces populations anciennes, je l'ai emprunté à Adolf Methfessel". Cf. Ten Kate 1911: 33, González 1954, Scattolin 2000.

¹⁰⁶ Estas acuarelas no fueron publicadas, sino que fueron exhibidas en los salones de la sección antropológica del Museo, como complemento de las colecciones; los dibujos que dan cuenta de la disposición interna de las "huacas" o tumbas excavadas fueron publicados por Ten Kate en el estudio sobre los Calchaquís que apareció en 1896 en los *Anales* de la institución. Cf. Ten Kate 1896.

que ilustran los trabajos de excavación, los cementerios, la disposición de las ruinas y los paisajes de los alrededores. Al respecto, cabe destacar que Methfessel había estudiado pintura en Bruselas con Lanterns y en Karlsruhe con Georg Hesse, había trabajado previamente en el registro de los sucesos de la guerra del Paraguay, y realizando para Burmeister seis ilustraciones de las barrancas del Paraná y de la Cordillera de los Andes en Mendoza, que fueron publicadas en "Vues pittoresques de la République Argentine", obra que formó la sección primera (1882) del Atlas que acompañó a su obra *Description Physique de la République Argentine* (1876-1886). También realizó para el *Museo de La Plata* una serie de acuarelas sobre los "usos y costumbres" de los indios Caingúa, que había visitado junto a Ambrosetti en el marco de una expedición de la institución al territorio de Misiones en 1892.¹⁰⁷

Por su parte, entre el 28 de septiembre de 1891 y 1901, Lafone Quevedo consignó todos sus hallazgos en una "cartera" o libreta, de 8,5 por 14,5 centímetros. Allí, a lo largo de 75 páginas, registró *in situ* cada una de las piezas encontradas, reproduciendo en detalle su decoración y sus medidas generales, anotando la fecha y las localidades donde realizaba los hallazgos, y anotaciones manuscritas al pie; figuran en ella los hallazgos realizados en las localidades de "Punta de Balasto", "Santa María", "San José", "Andalhuala", "Ampajango", "Fuerte Quemado", el "Bañado de Quilmes", "Colalao", "Tolombón" y en los alrededores de Andalgalá, como "Chañar-Yaco".¹⁰⁸ En este último caso, la información registrada en el terreno fue publicada en forma de catálogo sistemático en la *Revista* del Museo, donde Lafone Quevedo afirmó:

Mientras no se conozca el resultado de la exploración arqueológica en el Valle de Calchaquí costada por el Museo de La Plata y el Tesoro de la provincia de Buenos Aires, puede decirse que este hallazgo en Chañar-Yaco es el primero de que se ha dado cuenta con algo de proligidad. Yo mismo reconozco que más se ha podido hacer, y en un segundo viaje remediaré faltas de omisión que se cometieron en el primero; pero nadie me negará que esto es mejor que nada y que es un paso dado en dirección a lo practicado por el Señor Flinders Petrie en Egipto. Con trabajos como el del

¹⁰⁷ Cf. Ambrosetti 1894 y Vignati 1953.

¹⁰⁸ Márquez Miranda 1958-1959: 27-8. Una reproducción y descripción de las mismas se encuentra en Furlong 1964, quien consigna que las consultó en el archivo personal del Dr. Milcíades Alejo Vignati.

Museo de La Plata y el mío se duplicará el valor de las colecciones vendidas por el Sr. Zavaleta.¹⁰⁹

A este registro de las procedencias de los objetos y de los trabajos de excavación, las expediciones del Museo aportaron los primeros planos topográficos y las primeras fotografías de las construcciones en piedra más importantes de Catamarca -como la Fortaleza de Watungasta y las construcciones del Campo del Pucará-, levantados por Lange entre 1889 y 1891.¹¹⁰

Como se ha visto en el capítulo anterior, hacia fines de 1892, en el plano institucional se había logrado la aprobación de un importante subsidio del gobierno nacional que se mantendría por ocho años, a través del *Ministerio de Instrucción Pública* y con el apoyo del *Ministerio de Relaciones Exteriores*, para crear en las dependencias del Museo una repartición denominada "Oficina de Exploraciones Nacionales", cuyo objetivo era la realización del relevamiento topográfico del territorio y el estudio de sus recursos naturales pasibles de explotación económica. En ese contexto se planificó para enero de 1893 una expedición a la región noroeste del país, en las provincias de Tucumán, Catamarca y Salta, para relevar topográficamente las zonas fronterizas con Chile. Sobre la marcha, y debido a la presencia fortuita en el país del antropólogo holandés Herman Frederick Carel ten Kate Jr. (1858-1931) quien regresaba a Europa luego de una estadía de investigación en el Pacífico, Moreno, al que había conocido en la *École d'Anthropologie* de París, le ofreció la posibilidad de sumarse a la expedición del Museo al noroeste, como jefe de una sección arqueológica, secundado por dos ayudantes-preparadores, Émil Beaufils y Guillermo Gerling.

Las instrucciones concebidas por Moreno indicaban que los miembros de la comisión debían obtener colecciones representativas sobre todo del valle de Santa María (Catamarca), establecer posibles sitios para exploraciones futuras en la provincia de Salta, y estudiar *in situ* los vestigios materiales de las civilizaciones calchaquís con el fin de establecer si tenían alguna relación con aquellas que habitaron el antiguo Perú.¹¹¹ Cabe destacar aquí que ten Kate reunía las características ideales para el desarrollo de una expedición de carácter antropológico y arqueológico al noroeste, debido a su

¹⁰⁹ Cf. Lafone Quevedo 1892 a: 44, ortografía según consta en el original.

¹¹⁰ Cf. planos y fotos en Lange 1892 a y b.

¹¹¹ Ten Kate 1893 y 1894 a

dilatada experiencia previa en el desarrollo de tareas en el terreno relacionadas con el proceso de armado de colecciones. En efecto, con el apoyo económico de su padre y como enviado de la *Société d'Anthropologie de Paris*, en el otoño de 1882 ten Kate había viajado por primera vez a los Estados Unidos con el objeto de, por un lado, obtener conocimiento de primera mano del proceso de cambio cultural que estaba ocurriendo entre las tribus de Texas, Sonora, Baja California y en las reservas indígenas de Arizona, Nuevo México, Colorado y Oklahoma; y, por otro, de recolectar colecciones zoológicas, etnográficas y craneológicas para los museos de Holanda y Francia. Allí se había contactado con el primer grupo de antropólogos norteamericanos, formado por Frank Hamilton Cushing (1857-1900), James Stevenson (1840-1888), Matilda Coxe Stevenson (1849-1915), Washington Matthews (1843-1905) y James Mooney (1861-1921), quienes trabajaban para el complejo de instituciones que orbitaban alrededor de la *Smithsonian Institution*, como el *US National Museum* y el *Bureau of Ethnology*, dirigidos por Spencer Fullerton Baird (1823-1887) y por John Wesley Powell (1834-1904) respectivamente.

Siguiendo un ambicioso programa, el objetivo principal de estas instituciones era la realización de expediciones coordinadas desde Washington para la formación de colecciones sistemáticas y comprehensivas acompañadas de documentación detallada para el estudio del lenguaje, las costumbres, las creencias, las artes y la cultura material de los Hopis, Navajos y Zunis. Como ha señalado Curtis Hinsley, este tipo de prácticas en el seno de la antropología norteamericana, donde el acento estaba puesto en la compilación de información durante largas estadias en el terreno en contacto con los grupos nativos, dieron forma a una tradición que remitía a aquella de las grandes exploraciones topográficas y geológicas desarrolladas durante la década anterior, a través del *US Geological Survey* dirigido por el mencionado Powell.¹¹²

De este modo, ten Kate tomó contacto allí con una manera de hacer antropología que difería sustancialmente de la que había aprendido en Europa hasta ese momento, más ligado a las discusiones y al intercambio de ideas propio de las formas de sociabilidad urbana, y al estudio de las colecciones en los espacios cerrados de los museos, universidades, laboratorios y bibliotecas. En efecto, en Estados Unidos pudo entrenarse en las prácticas del trabajo de campo, empresa que, como se ha visto hasta aquí, estaba asociada al establecimiento de una red de relaciones y la movilización de

¹¹²Cf. Hinsley 1994, especialmente capítulo IV.

recursos locales para llevar a buen puerto las tareas. Como testimonio el libro que ten Kate publicó en 1885 con los resultados de ese viaje (*Reizen en onderzoekingen in Noord Amerika*), esto incluía no sólo la obtención de cartas de recomendación, sino también la negociación con las autoridades militares y los jefes indígenas -tanto para acceder a ciertas regiones, como para conseguir mediciones antropométricas, permiso para tomar fotografías y para obtener los mejores precios por objetos-; la búsqueda de colaboradores entre los residentes locales; la obtención de la confianza de los informantes para obtener datos sobre los significados de los rituales, los usos de los objetos, las técnicas de manufactura y las materias primas utilizadas; la manera apropiada de hacer excavaciones de tumbas o lugares sagrados en abrigos rocosos; el levantamiento de vocabularios y el registro de las tareas en un diario de campo. No menos importante, en una región donde las violentas disputas entre los indígenas y el gobierno federal eran muy frecuentes, también era necesario saber montar bien a caballo y dominar el manejo de armas de fuego.¹¹³

En 1887-8 ten Kate había sido convocado por Cushing para tomar parte en la *Hemenway Archaeological Expedition* al Sudoeste norteamericano, con el puesto de jefe de la sección de antropología física, asistido por el Dr. Jacob Wortman, del *Army Medical Museum*. En ese viaje, además de realizar nuevas investigaciones entre las tribus Pima, Maricopa y Zuni, registrando medidas antropométricas sobre individuos vivos representantes de los distintos grupos, ten Kate participó en las excavaciones arqueológicas realizadas en Los Muertos y Hawikuh, clasificando los restos esqueléticos recuperados y estudiando en particular las características y disposición del hueso hioides.¹¹⁴ Allí, durante las recurrentes ausencias de Cushing, le tocó actuar como director suplente de las tareas en el terreno, donde tomó contacto con un repertorio de técnicas utilizadas por el antropólogo norteamericano para los trabajos de excavación, el armado de las colecciones y el registro y organización de la información en el terreno. Este entrenamiento en destrezas manuales propias del proceso de montaje de colecciones de objetos y técnicas de registro en el terreno implicaba, más que un aprendizaje de tipo formal, la incorporación de un “conocimiento tácito” transmisible por mecanismos informales de contacto directo.¹¹⁵

¹¹³ Ten Kate [1885] 2004.

¹¹⁴ Cf. Capítulo V.

Este repertorio incluía las formas apropiadas para la localización y mapeo de estructuras habitacionales, utilizando un sistema de letras y números arábigos asignados a las habitaciones, y números romanos a los sepulcros, al que luego se remitían todos los hallazgos por medio de un rótulo correlativo colocado sobre los objetos; el registro fotográfico de los trabajos de excavación, que reflejaba la ubicación original de los objetos a medida que se los iba exhumando. También se utilizaba allí la técnica de calcado para el relevamiento de los petroglifos, complementándola con una serie de fotografías, y se realizaban recolecciones de fragmentos de vasijas, los que hacían posible posteriormente en el gabinete, el estudio estilístico comparado a partir de la simbología expresada en las decoraciones.¹¹⁶

Todas estas actividades eran reportadas por medio de la escritura de un informe diario de la expedición, donde se consignaban en detalle las tareas llevadas a cabo, y las ideas y generalizaciones parciales en la interpretación del sitio.¹¹⁷ Esto conllevaba también el conocimiento de las formas correctas de embalaje de las colecciones, utilizando pasto o lana para rellenar las vasijas y objetos delicados, la rotulación de lotes de objetos y su catalogación *in situ*, la fabricación de cajones y la mejor manera de asegurarlos para que resistieran el viaje en carreta y tren hasta la por entonces lejana Washington DC.¹¹⁸ Este entrenamiento en las prácticas del trabajo de campo, que implicaban cierta flexibilidad y capacidad de adaptación para lidiar con las contingencias desatadas en contextos locales específicos, se consolidó posteriormente con los numerosos viajes que ten Kate realizó en México (1883), Argelia (1884), Laponia (1884), Canadá (1885), Surinam, Venezuela y el Caribe (1885-1886), México central (1888), Indonesia (Timor y Java), Tahití, las islas Tonga-Sociedad, y Australia (1890-92).

Gran parte de estas prácticas asociadas al proceso de montaje de colecciones en el terreno, pueden observarse en las actividades llevadas a cabo por ten Kate en su recorrido por los valles calchaqués entre fines de enero y principios de abril de 1893, donde armó una de las pocas colecciones con registros de procedencia de los objetos

¹¹⁵ Sobre la aplicación de la noción de “conocimiento tácito” -acuñada por Michael Polanyi-, al conjunto específico de prácticas que rodean al trabajo en el terreno de los estudiosos y naturalistas viajeros en el siglo XIX, véase muy especialmente Camerini 1996 y 1997, y Browne 2001.

¹¹⁶ Cushing 1890, Parezzo 1985.

¹¹⁷ *Ídem*.

¹¹⁸ Parezzo 1987.

que posee el Museo de esa época.¹¹⁹ Así, en la provincia de Catamarca, en “Campos del Arenal”, registró las medidas y proporciones de los "pircados" hallados en los faldeos de los cerros, donde hizo también excavaciones en dos "huacas" o tumbas hallando, además de urnas, pucos y yuros, un conjunto de restos esqueléticos entre los que se destacaba un hueso hioides con las astas no soldadas al cuerpo del hueso, pieza esta de gran importancia para sus estudios de antropología física.¹²⁰ En la localidad de “Médanos” recolectó de la superficie del terreno colecciones de puntas de proyectil talladas en piedra, y en “Las Capillitas” tomó fotografías de un antiguo "maray", utilizado para la molienda de minerales, consignando las medidas del mismo. Por su parte, en “Los Cerrillos”, armó colecciones de "tejas" o tiestos de cerámica, recolectados en la superficie como evidencia representativa de tipos de decoración particulares, que servirían luego no sólo para reconstruir fragmentos de piezas para exhibición, sino también para realizar en el gabinete comparaciones estilísticas y establecer posibles relaciones con los restos de vasijas hallados en otros valles, a la manera de las expediciones al Sudoeste norteamericano. Como hemos visto, este material era sistemáticamente desechado por los coleccionistas locales que vendían a la mejor oferta.

En la “Loma Jujuy” y en el “Cerro Pintado”, con Kate, junto al ingeniero Francisco Bovio –quien, como hemos visto en el Capítulo I había acompañado a Moreno en el viaje de 1879-80 de la *Comisión Exploradora de los Territorios del Sur*–, levantaron los planos de las ruinas, dibujando los cortes verticales de los muros, y los ayudantes relevaron una serie de petroglifos. En el Valle del Cajón pudo tomar fotografías de los habitantes indígenas de “San Antonio” y “Guasmayo”, junto con medidas antropométricas, gracias a la intermediación del cura párroco de Santa María: obtuvo así el índice cefalométrico y calculó la talla de seis hombres, registrando también los caracteres descriptivos del rostro, datos que usaría posteriormente en su estudio de los calchaquíes publicado en 1896.

Junto a Bovio y Lange levantó también planos de las ruinas y pirados en “San Antonio”, “La Hoyada” y “Loma del Pueblito” (Guasmayo), tomando con la cámara fotográfica vistas panorámicas de “Minas Yaco” y “Chapi”, ilustrando la disposición de

¹¹⁹ Scattolin 2000.

¹²⁰ Cf. Capítulo V.

los sitios y los detalles de los petroglifos.¹²¹ En el transcurso de una rápida expedición por la provincia de Salta con el objeto de identificar nuevas localidades para futuras expediciones, excavaron una huaca en “La Paya”, y en el pueblo de “Molinos” tomaron moldes de los objetos más destacados de la colección particular de Enrique S. Mariani.¹²²

Ten Kate redactó también un diario de viaje¹²³ donde registró las actividades llevadas a cabo cotidianamente, y preparó con los ayudantes las colecciones, catalogándolas en el terreno mediante la asignación de la localidad donde fueron halladas o adquiridas a los habitantes del lugar; y embalándolas con precaución, utilizando fardos de pasto y lana, y robustos cajones de madera asegurados con clavos y alambre, para despacharlas por tren desde las puntas de rieles en Chumbicha (Catamarca) y Trancas (Tucumán) hasta la estación de la ciudad de La Plata donde se encontraba el Museo, a algo más de mil kilómetros de distancia.

Finalmente, un dato no menor lo constituye su dominio del español, producto de sus años de investigación en el sudoeste norteamericano, lo que contribuyó, a un nivel más general, no sólo al desarrollo de las numerosas tareas cotidianas que implica la dirección de cualquier tipo de expedición, sino también en las instancias de intermediación utilizando a representantes del clero católico en la región para la obtención del consentimiento de los indígenas a ser medidos y retratados; y en los procesos de negociación con los habitantes locales para la obtención de objetos a buenos precios. En relación con esto último, y como se desprende del Apéndice IV-V, además de las recolecciones realizadas en la superficie del terreno y en las excavaciones, Ten Kate formó colecciones arqueológicas por medio de compras a los habitantes locales, obteniendo precios muy bajos, si los comparamos con los solicitados al Estado por Manuel B. Zavaleta por colecciones similares.

Esta diferencia en los precios, además de indicar lo rentable del negocio para el coleccionista tucumano, demuestra lo aseverado en 1888 por Moreno en la justificación de su solicitud de fondos al gobierno provincial para la realización de una expedición arqueológica con motivo del hallazgo de piezas falsas en la colección

¹²¹ Ten Kate 1893.

¹²² *Ídem*.

¹²³ El diario de viaje llevado por Ten Kate se encuentra en una colección de manuscritos, propiedad del Dr. Peter Hovens (Holanda), estudioso de la obra desarrollada por aquel en América del Norte. Cf. Hovens 1988.

adquirida al hacendado tucumano, en el sentido que “el Museo obtendría a mucho menos precio mucho más abundantes materiales de autenticidad asegurada.”. En efecto, como se ha señalado en el capítulo anterior, desde el punto de vista del gasto, las colecciones sistemáticas producto de exploraciones eran mucho menos dispendiosas que las obtenidas por compra a los intermediarios locales: si, como hemos visto, la colección de unas 400 piezas calchaquíes que Zavaleta vendió para el museo en 1888, y en la que se encontraron numerosas falsificaciones,¹²⁴ le había costado al erario provincial la suma de 16.500 pesos moneda nacional, la expedición arqueológica dirigida por ten Kate, que tuvo una duración total de unos tres meses, y en la que se obtuvo una colección de aproximadamente algo más de 380 piezas, la suma invertida fue de unos 3.000 pesos moneda nacional. Esta suma incluía, además de los 380 pesos gastados en compras de objetos a los habitantes locales, los gastos en los sueldos de cuatro empleados; los pasajes de ida y vuelta en tren entre La Plata y Catamarca, para seis, personas en coche-cama; los traslados en carro, la contratación de peones, arrieros y changadores; el alquiler de animales de tiro y carga; los materiales para embalar las colecciones (fardos de pasto, vellones de lana, petacas, cajones, alambre y clavos); y el flete por ferrocarril, desde Catamarca y Tucumán hasta La Plata, de todos los objetos recolectados, formando una carga de 260 bultos.¹²⁵

Con toda la documentación que obtuvo tanto en el terreno, ten Kate regresó a Europa a fines de abril de 1893. Allí, aprovechando las bibliotecas y la colecciones de los museos y gabinetes con fines de comparación, y las notas de sus viajes anteriores, redactó un trabajo titulado “Parallels between the Shiwian or Zuñian culture and that of the Calchaquis” que fue publicado en *Internationales Archiv für Ethnographie*, y el informe de la exploración a los valles calchaquíes en francés, que fue publicado en la *Revista del Museo de La Plata*. En ambos trabajos, ten Kate estableció analogías entre la cultura calchaquí y las culturas del sudoeste norteamericano que había estudiado con anterioridad, tomando en cuenta características ambientales y sobre todo similitudes de carácter mítico-religioso, que se reflejarían en la disposición de los poblados, los petroglifos, los fetiches, la alfarería, las hachas y bolas de piedra.¹²⁶ Sin negar su probable origen peruano o incaico, ten Kate definió a la cultura calchaquí, siguiendo a

¹²⁴ Acerca del problema de las falsificaciones en el contexto del establecimiento de los métodos del trabajo de campo y de la profesionalización de la arqueología, véase Podgorny 2007 a.

¹²⁵ Cf. detalle en *Apéndice IV-V*.

¹²⁶ Ten Kate 1894 c y 1893, respectivamente.

Frank Hamilton Cushing, como una "cultura del desierto" [*desert culture*], remarcando precisamente aquellas analogías de orden mítico-religioso con las culturas Zuni o Shiwi, idea que destacó también en su reseña sobre la expedición del *Museo de La Plata* publicada en *American Anthropologist*.¹²⁷ Esta línea de interpretación ya había sido sugerida poco antes en Argentina por Lafone Quevedo, en base a la comparación de los objetos hallados por él en la provincia de Catamarca, con las ilustraciones aparecidas en los *Annual Reports* del *Bureau of Ethnology* norteamericano.¹²⁸ Como veremos en el capítulo siguiente, a estas similitudes entre la cultura calchaquí y las culturas del Sudoeste norteamericano, ten Kate realizará un estudio comparativo de las colecciones de cráneos y esqueletos que recolectó en el terreno, y aquellas series que se encontraban depositadas en la sección antropológica del Museo, que publicará en 1896 bajo el título de *Anthropologie des anciens habitants de la région calchaquie*.

§ 4. *El ingreso de las antigüedades calchaquíes en el mercado internacional de objetos para museos: la “doctrina de la escasez”, la “fiebre” por la obtención de colecciones, y los reclamos desde el Museo al gobierno nacional.*

Desde mediados de la década de 1890 el éxito económico alcanzado por Zavaleta, cuyas ventas fueron ampliamente cubiertas en la época por los principales diarios de circulación nacional, despertó una suerte de fiebre por la obtención de colecciones arqueológicas entre los habitantes de la región dedicados al comercio de “tapados” o tesoros escondidos, cuyas actividades fueron **severamente condenadas desde el Museo de La Plata por Samuel Lafone Quevedo**, quien en repetidas ocasiones las contrapuso a los trabajos sistemáticos desarrollados desde la institución:

Desgraciadamente, el éxito comercial obtenido por el Sr. Manuel Zavaleta, ha despertado la codicia de todos, y á una se han lanzado a descubrir y arrancar por mayor todo cuanto se halla en los cementerios de los indios, sin cuidarse del aspecto, colocación y demás circunstancias que acompañan los objetos. Lo que no está entero se tira, y los huesos humanos,

¹²⁷ Ten Kate 1894 a y b

¹²⁸ Lafone Quevedo 1891. En nuestro país, esta manera de trabajar en base a la comparación entre las ilustraciones de las principales publicaciones antropológicas, estaba muy difundida a fines del siglo XIX entre los estudiosos de la arqueología prehistórica. Cf. Podgorny 2000 b.

con asco; y por este estilo lo demás. Cuando llegan á Buenos Aires, aparecen allí como una colección de vasos, etc., curiosos, que nada nos dicen, ni de quienes fueron los dueños, ni de cómo estos fueron enterrados; porque sépase que vario y muy vario, era el modo del sepelio y que varios y muy varios son los tipos de los cráneos, y no todos de una sola región. En fin sigue, y cada vez en mayor escala, la destrucción de lo que podría servir de base a una verdadera arqueología calchaquina o cacana.¹²⁹

En efecto, a lo largo de la década de 1890 y hacia comienzos del siglo XX existían sobrados ejemplos acerca de las actividades de estos habitantes locales que vendían al mejor postor, y de la forma en que las colecciones cambiaban de manos entre distintos intermediarios hasta encontrar su destino final en alguna institución interesada. Ya en 1893, Advertano Castrillo, comisario de policía en el valle de Humahuaca, había exhibido para la venta en la ciudad de Jujuy una serie de momias y antigüedades descubiertas por él en las grutas de Taranta, en las proximidades de Casabindo, colección que fue adquirida por un alemán comerciante de pieles de chinchilla, que se las vendió a su vez a Max Uhle para el *Museum für Völkerkunde* de Berlín.¹³⁰

Rafael Martínez, propietario de la hacienda "Carabajal", en el departamento salteño de Rosario de Lerma, y su asistente Andrés González, que ejercía los puestos de maestro de escuela, farmacéutico, médico y buscador de minas, fueron los responsables, junto con Zavaleta de lo que Ambrosetti denominó posteriormente como "naufugio arqueológico",¹³¹ en las localidades de "Puerta de La Paya" y "Casa Morada" (Departamento de Cachi, Salta), con el objeto de desenterrar un "tapado" que estimaban en 20 cargas de plata y oro.¹³² Allí, las excavaciones se desarrollaron en un contexto marcado no solo por la cooperación entre los habitantes locales, sino también por la

¹²⁹ Lafone Quevedo 1897 b.

¹³⁰ Boman, 1908, tomo II: 615.

¹³¹ Ambrosetti 1907: 48.

¹³² Ambrosetti 1902 a, Boman 1908, tomo I: 215-6. Al comenzar los trabajos en este sitio, Ambrosetti estimó que "Habrà que emplear mucho tiempo y dinero para despejar de escombros los alrededores de esta construcción y levantar un plano prolijo de todas sus dependencias; los buscadores de tesoros y de antigüedades para la venta han producido una devastación tan brutal y han amontonado tantos detritos que toda esa zona se ha convertido en un arenero de pozos y un laberinto de montones de ripio, tierra y fragmentos de objetos interesantísimos. El interior del edificio ha sido removido y revuelto en una forma imposible de describir y para facilitar la extracción de los escombros han llegado hasta romper la pared del sur para volcarlos por allí." Cf. Ambrosetti 1907: 45.

violencia desatada por la codicia. Así, los vecinos de los alrededores de La Paya, luego de correr a los intrusos a tiros de fusil, continuaron excavando en la "Casa Morada", y vendieron lo recolectado a Manuel Delgado Rojas, cobrador de impuestos del gobierno provincial en el Departamento de Cachi, quien a su vez los vendió al *Museo Nacional de Buenos Aires*.¹³³

En 1901, Martínez, luego de los trabajos que Eric Boman realizara en la finca de su propiedad -en el marco de la expedición de Erland Nordenskjöld, Robert Fries y Eric von Rosen en las provincias de Salta y Jujuy, y en Bolivia-, comenzó por su cuenta las excavaciones en una ruina cercana a su casa, removiendo entre 400 y 500 metros cúbicos de tierra en busca de "tesoros imaginarios".¹³⁴ Cuando Boman regresó al lugar en 1903 -esta vez como encargado de la sección arqueológica de la misión dirigida por Eugen Sénéchal de la Grange y Georges de Créqui-Montfort, patrocinada por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia-, debió conformarse con excavar alrededor de los pozos hechos por Martínez; éste en el intervalo había formado una colección de unas dos toneladas de pequeñas esferas de cuarzo de distintos colores con la intención de venderlas en Buenos Aires, y que ofrecía como "piedras preciosas".¹³⁵

Estas prácticas de saqueo, se registraban también en otros valles de Jujuy, Salta y Catamarca, sobre todo en los abrigos rocosos con pinturas y petroglifos. Ya en 1895, Juan Bautista Ambrosetti, al visitar las grutas del Churcal (Pampa Grande, Salta), descubrió que las alteraciones producidas por estos buscadores de tesoros imposibilitaban las tareas de relevamiento de las pinturas de las paredes de las cuevas.¹³⁶ Una situación similar había sido producida por los habitantes locales en los alrededores de Cafayate, con motivo del hallazgo de un petroglifo, cuyos signos habían

¹³³ Boman 1908, tomo I: 215-6, Ambrosetti 1907: 12-16, 45-48.

¹³⁴ Boman *ibidem*: 308-11.

¹³⁵ *Ídem*.

¹³⁶ “Esta gruta ha sido víctima de la ignorancia y de la codicia de ciertas gentes, que creyendo ver en aquellas pinturas la indicación de tesoros escondidos, colocaron en el piso cuñetas de pólvora, a fin de hacer volar la placa misteriosa que ocultaba los tesoros, solo forjados por su imbécil imaginación. A las repetidas explosiones sucedía una lluvia de piedras que han picado las paredes, haciendo saltar las pinturas, de modo que hoy gracias a esos salvajes, nos vemos privados de este monumento”. Cf. Ambrosetti 1895.

sido interpretados por los habitantes del lugar como indicador de un tesoro oculto;¹³⁷ y también en las ruinas de Pajanco y Tuscamayo, en Catamarca.¹³⁸

Estas actividades de los habitantes locales, la mayor parte de los cuales actuaban como proveedores y socios de Zavaleta, se vieron estimuladas sobre todo por las ventas que el coleccionista realizó a los museos de Europa y Estados Unidos. En efecto, con posterioridad a la adquisición de antigüedades realizada por el gobierno provincial para el *Museo de La Plata* que motivó el comienzo de las exploraciones sistemáticas de la institución en el noroeste, Zavaleta, aconsejado por Ameghino, había ofrecido en venta para el *Museo Nacional de Buenos Aires* una nueva colección de antigüedades, propuesta que en ese momento fue rechazada de plano por Burmeister.¹³⁹ Cerradas por el momento las puertas de los museos argentinos, durante la década de 1890 Zavaleta continuó con las excavaciones en distintas localidades del noroeste formando grandes colecciones que comenzará a vender en el extranjero. Así, a principios de 1896 expuso en Tucumán una colección de unas 1.800 piezas que fue estudiada allí por Adán Quiroga, y posteriormente, con el traslado de la colección a Buenos Aires, fue ofrecida en venta al *Congreso de la Nación* con destino a alguna de las instituciones científicas del país.¹⁴⁰

¹³⁷ "[...] muchas personas tomaron a los signos por números, creyendo ver en ellos la cifra 5880, y, naturalmente la atribuyeron a señal de *tapado* o entierro de dinero, contribuyendo a confirmar esta idea la figura del indiecito que parecía apuntar con los brazos a una dirección dada. Alrededor de esta inscripción, hicieron volar la fantasía, y el resultado fue que el campo, al pie del cerro, y en la dirección marcada por la piedra y el indio, se ven aún más de quinientos pozos, hechos por los que han querido convertirse en poderosos de la mañana a la noche". *Ídem*.

¹³⁸ "Puesto de acuerdo con el descubridor de estos dos pueblos, el ya nombrado señor Gómez, nos encontramos con él en sus rastros de Pajanco a fines de Agosto del corriente año y pasamos a visitar los restos de los pueblos, que se hallan en Pajanco y Tuscamayo. El alto de las pircas existentes que hallamos, en ninguna parte excede de un metro de la superficie, pero las excavaciones de los buscadores de "tapados" o tesoros escondidos, dejan ver que una buena parte de las murallas estas se halla bajo la tierra". Cf. Lafone Quevedo 1902.

¹³⁹ Cf. *Apéndice IV-I* nº 10 y 11.

¹⁴⁰ Quiroga 1896 a. La colección estaba compuesta por urnas, pucos, escudillas, platos, ídolos, objetos realizados en piedra, cobre, madera y hueso, una serie de ajuares y 75 cráneos-, procedentes de las localidades de Taffi, Quilmes, Amaicha, Colalao, Luracatao, Cafayate, San Carlos, Molinos, Chiquimí, Cachi, Tolombón, Andalgalá y Fuerte Quemado. Para tasarla fue designada por el gobierno nacional una comisión de estudiosos presidida por el Dr. Carlos Berg, sucesor de Burmeister en el *Museo Nacional*, y formada por Florentino Ameghino y Eduardo Ladislao Holmberg.

Al no obtener una opinión consensuada sobre el valor de la colección, ni un acuerdo por el precio, Zavaleta viajó a París para ofrecerla a las principales instituciones dedicadas a la arqueología y los estudios americanistas; allí, fue recibido por el Dr. Miguel Cané (1851-1905), a la sazón cónsul argentino en Francia, quién no solo elogió públicamente la misión y los trabajos del coleccionista, sino que le brindó su red de contactos e influencias en esa ciudad, lo que le permitió obtener dos salones adjuntos al *Musée d'Ethnographie du Trocadéro* para armar una exhibición abierta al público, que se prolongó por varios meses, hasta que se decidió la compra para la sección americana de esa institución.¹⁴¹ Esta venta de Zavaleta fue severamente criticada en la prensa periódica por Lafone Quevedo, en un suelto titulado “Bric-a-Brac y Arqueología”:

¿Cuánto no se ha descubierto en estos últimos 25 años? ¿Cuánto más no se hubiese revelado a no ser los colectores de *bric a brac* durante miles de años? Siempre me acuerdo de la expresión de Moreno y la consigna a sus exploradores: "Olvídese de las palabras -no sirve- y deje que el director del museo resuelva si sirve o no". Sabido es que hasta ahora la región arqueológica más rica de la república es la Cacano-Andina y es a donde hoy se dirigen todos los colectores de *bric á brac*, y de objetos de verdadera arqueología. Durante siglos lo que se hallaba era producto de las erosiones y de los vientos, que sacaban a luz muchos de estos entierros. La acequia, el arado, etc. con frecuencia abrían *huacas* del mayor interés; pero todo en escala menor, y siempre quedaban los grandes yacimientos reservados para una exploración metódica, y por supuesto científica.

Desgraciadamente, el éxito comercial obtenido por el Sr. Manuel Zavaleta, ha despertado la codicia de todos, y á una se han lanzado a descubrir y arrancar por mayor todo cuanto se halla en los cementerios de los indios, sin cuidarse del aspecto, colocación y demás circunstancias que acompañan los objetos. Lo que no está entero se tira, y los huesos humanos, con asco; y por este estilo lo demás. Cuando llegan á Buenos Aires, aparecen allí como una colección de vasos, etc., curiosos, que nada nos dicen, ni de quienes fueron los dueños, ni de cómo estos fueron enterrados; porque sépase que vario y muy vario, era el modo del sepelio y que varios y

¹⁴¹ Petitjean 1895-1896.

muy varios son los tipos de los cráneos, y no todos de una sola región. En fin sigue, y cada vez en mayor escala, la destrucción de lo que podría servir de base a una verdadera arqueología calchaquina o cacana.¹⁴²

Asimismo, en esa nota Lafone Quevedo criticó de manera solapada al gobierno nacional por su actitud pasiva ante estos coleccionistas que comerciaban con las antigüedades, y por fomentar indirectamente ese tipo de prácticas, en desmedro de las instituciones públicas dedicadas al estudio y exhibición de antigüedades calchaquies:

Es extraordinario el impulso que se ha dado en nuestros valles al tráfico y comercio de bric á brac, y es llegado el momento en que el congreso de la nación se preocupe en ver de qué modo se salvan las antigüedades del país de la mano destructora de los mercaderes en estas cosas, que destruyen el 75 por ciento de lo que encuentran, y el 25 que queda se logra en las peores condiciones para ser utilizado por el estudiante; ya porque se lleva al extranjero, ya porque carece de filiación.

Tenemos los dos museos, el de La Plata y el Nacional, la Sociedad Científica, el Instituto Geográfico, el Jardín Zoológico y una larga nómina de personas distinguidas en el Congreso y fuera de él. Es llegado pues, el momento en que todos reúnan sus esfuerzos al objeto de proteger nuestras antigüedades del vandalaje que los amenaza y destruye. ¿Por qué no hemos de tener nosotros también leyes como las de Egipto que han logrado convertir el tráfico en bric a brac en verdadera arqueología?.¹⁴³

Pero esas advertencias pesaron menos que los estrechos vínculos que Zavaleta había cimentado con algunos funcionarios del gobierno: de regreso a la Argentina, el coleccionista consiguió que en 1899 se aprobara en las cámaras legislativas su propuesta de venta de una colección formada por 2.009 piezas de alfarería, utensilios e instrumentos, para el *Museo Nacional* de Buenos Aires, dirigido en ese entonces por el Dr. Karl Berg, por la que obtuvo 50.000 pesos moneda nacional, cuyo valor nominal fue

¹⁴² Cf. transcripción de la nota completa en *Apéndice IV-VIII*.

¹⁴³ *Ídem*.

pagado por el Estado con tierras fiscales ubicadas en la región de la Pampa Central y en Chubut.

Hay que señalar aquí que con la primera venta realizada en el exterior, Zavaleta se vinculó precisamente con uno de los más importantes canales de adquisición de colecciones a escala global que funcionó en el siglo XIX, utilizado por los museos, estudiosos y coleccionistas, como fue el estructurado alrededor de las redes consulares. En el caso de las colecciones de antigüedades precolombinas, para Curtis Hinsley esas redes dieron origen a una “tradición consular”¹⁴⁴ en arqueología, caracterizada por aunar en una misma empresa las agendas del comercio internacional, la política imperial y la ciencia, constituyendo así un ámbito de competencia entre Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, y donde los puestos diplomáticos eran utilizados para el montaje de colecciones que posteriormente eran donadas a las instituciones de las capitales metropolitanas.¹⁴⁵ En 1901 Zavaleta actuó en representación de los intereses del Dr. Martín García Merou, cónsul argentino en Washington, como encargado del retiro, embalaje y transporte de la colección de antigüedades peruanas que aquel había depositado en 1894 en el *Museo de La Plata*.¹⁴⁶ Como hemos visto en el capítulo anterior, esa colección estaba compuesta por vasijas de cerámica, objetos de metal y textiles que hacían un lote de 168 piezas, que habían sido recolectadas por García Merou cuando ejerció como diplomático en la legación argentina en Lima.¹⁴⁷ Así, con la

¹⁴⁴ Hinsley 1993.

¹⁴⁵ Para el caso de Estados Unidos véase Hinsley 1993, y Petraglia y Potts 2004; para el caso de las exploraciones francesas en el Perú a lo largo del siglo XIX, el papel jugado por las instrucciones a los viajeros y por los cuerpos consulares, véase Riviale 1993, 2000 y 2003; para una comparación entre las estrategias seguidas en Francia e Inglaterra para obtener colecciones precolombinas en todo el territorio del continente, y los modelos de exhibición seguidos en París, véase Williams 1985 y 1993. Por otro lado, el papel desempeñado por los cuerpos consulares en el comercio de colecciones de fósiles en el Río de la Plata, durante la primera mitad del siglo XIX, ha sido analizada en Podgorny 2007 b.

¹⁴⁶ Cf. *Apéndice IV-I* N° 13, y Lehmann-Nitsche 1904 e.

¹⁴⁷ En un libro manuscrito titulado “Mis Huacos”, que es el catálogo de la colección que depositó transitoriamente en La Plata, García Merou detalla con elocuencia cómo funcionaba el mercado de objetos arqueológicos dominado por los “huaqueros”, o coleccionistas comerciantes, y las relaciones que entablaban con los diplomáticos: “Nada más emocionante que esa primera excursión al campo desolado de las huacas de Ancón. Al amanecer de un día nublado, montamos en un burrito pigmeo y emprendimos la marcha hacia el terreno previamente explorado por los *huaqueros*. Venían cuatro de estos afamados por sus hallazgos, con la pala al hombro y en la mano una larga baqueta de acero, de punta fina, que les sirve para los sondeos en la arena. Cuando la vara penetra con relativa facilidad, es señal de que en el suelo existe un antiguo túmulo. Se estudia entonces, valiéndose del mismo sistema, la configuración de la *huaca*, se traza un círculo sobre la tierra, y empieza la excavación que no flaquea mientras dura el Pisco aromático en que retemplan sus fuerzas los rudos trabajadores[...] Muy pronto se descubrió a tres metros de profundidad, una especie de cobertizo de *quincha*, y debajo de éste hasta cinco momias, colocadas sobre una base o cimiento apisonado y rodeadas de un muro de piedras. [...] Dos colegas del Cuerpo

cooperación de Zavaleta, esa colección fue vendida por García Merou en abril de 1901 al *US National Museum*, en los Estados Unidos; en ese momento, Lafone Quevedo, que ejercía como director interino del *Museo de La Plata* se quejó nuevamente de las actividades llevadas a cabo por el coleccionista:

Una vez más debemos protestar contra esas destrucciones al por mayor de los yacimientos que contienen estos rastros de la prehistoria de nuestro país. El único modo de evitar el comercialismo que ha invadido a los colectores sería el no aceptar colección alguna que no viniese con las credenciales de cada objeto y de su descubrimiento y ubicación, y que estos fuesen a satisfacción de peritos en la materia; pues nuestros Museos hoy poseen datos que permiten esta clase de exigencias.¹⁴⁸

Es en agosto de 1904 en los Estados Unidos donde Zavaleta hará una de sus ventas más importantes, sobre todo en lo referido a la magnitud de la colección armada, con motivo de haber sido nombrado como miembro de la comisión oficial que representaba a la Argentina en la *Louisiana Purchase Exposition* que se realizó en Saint Louis, Missouri. Allí, ocupando prácticamente todo el segundo piso del *Argentine Pavilion*, Zavaleta exhibió una colección de 4.565 objetos, compuesta por alfarerías, instrumentos y objetos de piedra, barro y cobre, objetos históricos, minerales, fósiles, y 40 cráneos de indígenas, cuyos gastos de transporte e instalación fueron abonados por el Estado nacional.¹⁴⁹ En ese pabellón, la colección fue visitada por comisiones de

Diplomático residentes en Lima, el señor Bascuñán, secretario de la Legación de Chile, y el señor Vianna, Ministro de Brasil, encontraron en una excavación muchos interesantes objetos de oro, algunos de los cuales ha visto en poder del segundo". Cf. García Merou s/f : 32-6, ortografía según consta en el original. Para un estudio acerca del papel desempeñado por el diplomático francés Charles Wiener en la formación de colecciones de antigüedades peruanas para el *Musée d'Ethnographie* del Trocadéro, véase Riviale 2003.

¹⁴⁸ Lafone Quevedo 1901: XXIV.

¹⁴⁹ Anónimo e. El reglamento de la comisión argentina establecía además la posibilidad de vender o donar a instituciones del país los productos y objetos exhibidos; en caso de venta los expositores debían abonar un derecho de aduana proporcional al valor de los objetos. Cf. 1904. *Exposición de Saint Louis. Comisión Organizadora del Concurso Argentino: Indicaciones para los Expositores*, especialmente artículos 5, 7, 9 y 10. Los otros miembros de la comisión oficial eran Ernesto Nelson (Comisionado Auxiliar), Eduardo Schiaffino, Guillermo S. Puente, el ingeniero Horacio Anasagasti, Damian Lan y José de Olivares. Anónimo f.

estudiosos y curadores de Estados Unidos y Europa, como por ejemplo una comisión de miembros del *Bureau of American Ethnology*, encabezada por el geólogo William John Mc Gee, quien, por su participación en la controversia acerca del hombre paleolítico en Norteamérica, quedó muy interesado sobre todo en la colección de cráneos, que contenía una importante cantidad de ejemplares que presentaban rastros de trepanaciones.¹⁵⁰ Aprovechando el interés despertado entre investigadores y curadores de distintos países, Zavaleta puso en venta sus colecciones al mejor postor, pidiendo por las mismas la suma de 100.000 dólares; también el 12 de septiembre la ofreció por carta a Karl von de Steinen (1855-1929), director del *Museum für Völkerkunde* en Berlín, manifestándole que "*desearía verdaderamente, de todo corazón, que esta colección quedase en ese país, que es el cerebro del mundo, en este sentido*".¹⁵¹ Al no obtener una respuesta del estudioso alemán, y luego de varias marchas y contramarchas, el 14 de octubre, a días del cierre de la feria, cerró trato con los representantes del *Field Columbian Museum* de Chicago por 17.000 dólares.¹⁵²

Esta venta de Zavaleta nos permite apreciar cómo funcionaba el mercado internacional de venta de objetos para museos. Como ha señalado Glenn Penny, para los estudiosos y directores de museos dedicados a la antropología y la arqueología, estas exposiciones y ferias internacionales constituían el *locus* por excelencia para aprovisionarse de colecciones a muy bajos precios, negociando de manera abierta con los propietarios y compitiendo entre ellos por medio de diferentes estrategias. Una de ellas consistía precisamente en demostrar al principio gran interés por medio de elogios al coleccionista por los esfuerzos realizados y los objetos obtenidos, y paulatinamente, mantenerse al margen hasta la víspera del cierre de las exposiciones, momento en el cual los vendedores, ante la perspectiva de tener que llevar de regreso sus colecciones,

¹⁵⁰ Anónimo e. Sobre la obra de Mc Gee, véase Hinsley 1994, especialmente el capítulo VIII; con respecto a la polémica sobre el hombre paleolítico desarrollada a fines de siglo XIX en Norteamérica, véase Meltzer 1983 y 1985; y en referencia a la discusión internacional acerca de las prácticas prehistóricas de trepanación, véase Capítulo IV.

¹⁵¹ Cabe destacar que el *Museum für Völkerkunde* de Berlín durante el período de expansión colonial, entre 1884 y 1914, estableció políticas activas para obtener en todo el mundo colecciones de etnografía, arqueología y antropología. En 1891 logró establecer un decreto por el cual todos los oficiales residentes en los territorios coloniales alemanes que pudieran conseguir objetos los enviaran con exclusividad a ese museo. Desde 1896 en adelante esa obligación se extendió a todo el personal militar y a las *Schutztruppen*, la policía colonial. Esta medida fue muy exitosa, permitiendo el ingreso en masa de colecciones, asegurándose así el primer puesto entre los museos alemanes, en detrimento de los museos de Leipzig, Stuttgart y Hamburgo. Cf. Bergner 1996 y Penny 2003.

¹⁵² González 1983, Scattolin 2000.

las ofrecían a un precio mucho más bajo que el original,¹⁵³ en efecto, Zavaleta, las vendió a un precio casi diez veces menor al pedido en un principio.

Asimismo, en las postrimerías del siglo XIX este mercado internacional comenzaría a estar dominado por un principio que H. Glenn Penny ha señalado como la “doctrina de la escasez”, por el cual la asignación de valor a una colección se relacionaba con la proporción de objetos típicos o excepcionales contenidos en ella, y con el conocimiento previo que se había generado a partir de ellos. Así, en el proceso de negociación, el precio base estimado de una colección decaía a medida que los objetos que la componían se hacían más comunes en los distintos repositorios, y se publicaban más trabajos a partir de ellos.¹⁵⁴

Esta inclinación por lo novedoso y excepcional propugnada en la “doctrina de la escasez”, se puede observar con claridad en la correspondencia que da cuenta de la negociación entre Zavaleta y Karl von den Steinen, con motivo del ofrecimiento que aquel realizara en Berlín de una gran colección de antigüedades calchaquíes compuesta por 5.740 objetos para el *Museum für Völkerkunde*. Al momento de establecer el precio von den Steinen argumentó:

No es posible de tomar por base de la apreciación el precio de BURMEISTER, es decir, 3938 pesos m/n. por 105 objetos, tampoco el precio votado por el Senado en 1899, es decir, 50.000 pesos valor nominal en terrenos por 2009 objetos. Entonces las antigüedades de esta clase eran desconocidas enteramente y por consecuencia no hubo precio para ellas. Era meramente un deber patriótico de adquirir tales documentos de la civilización antigua del país sin mirar de ninguna manera el importe. Pudieron pagarle el triple que pidió. *Ahora la cultura Calchaquí, como se presenta en los objetos desenterrados por Ud., se examinó por diferentes sabios de su país y hay folletos bastante grandes que tratan de sus particularidades: ya se corrompió esta doncella medio-salvaje.*

Esta establecido que cada nueva colección pierde en valor por razón de las anteriores de semejante clase. Para las primeras de estas urnas célebres tal vez no hubo oro en el mundo para pagarlas: Ameghino pensó

¹⁵³ Penny 2003, capítulo II.

¹⁵⁴ *Ídem*, especialmente pp. 79-94.

encontrar jeroglíficos en ellas lo que hubiera sido en verdad de muchísima importancia: hoy día sabemos que es no más una ornamentación bastante particular, aunque algo tosca lo que vemos en estas urnas. Se imaginó haber encontrado cuentas hechas por los antiguos egipcios en ciertos sepulcros: hoy no hay duda ninguna que estas mismas cuentas son venecianas y una señal de que estos sepulcros ya son del tiempo después de la conquista.¹⁵⁵

A pesar de esto, la colección fue adquirida en 110.000 marcos, es decir, unos 27.000 dólares, debido a que había llegado a Alemania información que consignaba que a partir del año siguiente el gobierno argentino aprobaría una ley que prohibiría la venta en el extranjero de ese tipo de colecciones.¹⁵⁶ En 1907 Zavaleta ofrecerá a esa institución otra colección compuesta de 11.600 piezas, por 150.000 marcos, propuesta que fue rechazada por las autoridades del museo. Por ese motivo, negoció en las cámaras del *Congreso Nacional* la adquisición de las mismas en 30.000 pesos, con destino al *Museo Nacional*, dirigido a la sazón por su amigo Florentino Ameghino.¹⁵⁷

Esta compra fue muy criticada desde el *Museo de La Plata* por Lafone Quevedo, quien no comprendía cómo el Estado, que financiaba instituciones científicas que realizaban expediciones arqueológicas que seguían los modernos métodos de trabajo que habían comenzado a ser sistematizados en ese momento, estimulaba al mismo tiempo las actividades de “vandalaje” llevadas a cabo por estos coleccionistas de “*bric-á-brac*”:

Mucho hay, y mucho más habrá, pero mucho también se ha perdido
en los siglos que han precedido al nuestro, y mucho se destruye por los

¹⁵⁵ Apéndice IV-VI N° 3.

¹⁵⁶ En una memoria manuscrita acerca de la colección que habían adquirido a Zavaleta para el *Museum für Völkerkunde* de Berlín, Karl von den Steinen escribió: “*Sein Hauptmaterial von nahezu 6000 Nummern wird jedoch durch die [Zavaleta] Sammlung repräsentirt die er Ende 1905 in siebenundvierzig riesigen Kisten nach Berlin gebracht hat und durch deren Besitz das Kgl. Museum für Völkerkunde eine unschätzbare Bereicherung gewinnt. Ihre Erwerbung war auch um so dringender erwünscht, als nach zuverlässigen Nachrichten ein strenges Ausfuhrverbot für Altertümer in Argentinien demnächst in Kraft treten wird*”.

¹⁵⁷ Como ha señalado Podgorny, a pesar de existir desde 1904 el *Museo Etnográfico* de la Facultad de Filosofía y Letras, dirigido por el arqueólogo Juan Bautista Ambrosetti, los vínculos personales entre Zavaleta y Ameghino pesaron más a la hora de decidir el destino adecuado para las colecciones, que la especialización institucional. Cf. 2000 a: 38.

exploradores que hacen comercio de estas cosas. Esta gente infiere un perjuicio irreparable á la arqueología argentina, y muy mal hace nuestro congreso en fomentar tal vandalaje, porque no es otra cosa, al comprar colecciones de bric-à-brac reunidas con sacrificio de la verdad histórica y científica de las mismas. Estas exploraciones deben hacerse con ciencia y con conciencia, como se practican en Egipto en la Mesopotamia y en todo el Levante del mar Mediterráneo en general. Es doloroso ver como van quedando los enterratorios de Calchaquí.¹⁵⁸

En suma, en este capítulo se han examinado los mecanismos puestos en marcha para incrementar las colecciones arqueológicas procedentes de la región noroeste, que compondrán desde 1888 la sub-sección de “Arqueología Calchaquí” del *Museo de La Plata*, prestando especial atención a las relaciones de cooperación establecidas entre la dirección de la institución y los residentes en aquellas zonas, en un contexto marcado por la competencia con coleccionistas locales que vendían a la mejor oferta. En este sentido, se ha demostrado cómo la misma demanda de colecciones generada por el *Museo de La Plata*, y el intento de regulación del proceso de extracción de objetos por parte de la institución, paradójicamente tuvieron el efecto contrapuesto, haciendo de la extracción de piezas arqueológicas un negocio rentable para los habitantes locales, sobre todo a partir del creciente interés de las instituciones científicas extranjeras en la obtención de colecciones de “antigüedades calchaquíes”, compuestas por urnas funerarias, pucos, yuros, objetos en piedra como morteros, hachas y pipas, objetos de cobre y oro, instrumentos de madera, puntas de proyectil, e incluso momias y cráneos, procedentes de los valles que se extienden por las provincias de Catamarca, Tucumán y Salta. Más aún, como producto de esta demanda sostenida y creciente, en la última década del siglo XIX se dio la emergencia de un mercado de colecciones de antigüedades procedentes de esas regiones, que será dominado por Manuel B. Zavaleta, un hacendado residente en la región, quien con el correr del tiempo estableció un verdadero monopolio en la compra venta de colecciones a los museos y coleccionistas del país y del extranjero. Es en un contexto de abierta competencia con este coleccionista que desde el *Museo de La Plata* se decidió la exploración arqueológica

¹⁵⁸ Lafone Quevedo 1908: 316.

sistemática de la región, en especial de los valles ubicados en la provincia de Catamarca.

Para ello, fue imprescindible la colaboración que ofreció a Moreno desde Andalgalá, el corresponsal Samuel Alexander Lafone Quevedo, quién como hemos visto puso al servicio del Museo tanto la infraestructura de su compañía como su red de contactos locales, en pos de la obtención de colecciones arqueológicas; al mismo tiempo, representó desde allí los intereses del Museo, dirigiendo entre 1888 y 1889 los trabajos de excavación en el valle de Santa María, y, en los años siguientes, compitiendo con los coleccionistas locales por la obtención de piezas, por medio de la utilización de su red de contactos que se extendía a lo largo de los valles, establecida a partir de su emprendimiento comercial, y de las relaciones basadas en formas de parentesco ritual, como el compadrazgo, muy comunes en la región.

En este sentido, y como hemos señalado en la introducción, entendemos las expediciones llevadas a cabo desde el *Museo de La Plata* durante este período como una actividad práctica compleja, de naturaleza colectiva, que exigió para llevarse a cabo de la cooperación de un grupo socialmente diverso de practicantes que le atribuyeron distintos significados a los objetos recolectados y a las tareas llevadas a cabo en el terreno.¹⁵⁹ Así, desde esta perspectiva, las colecciones calchaquíes pueden entenderse como “objetos delimitantes” [*boundary objects*], esto es, “objetos a la vez lo bastante flexibles como para adaptarse a las obligaciones y a las necesidades locales de las diversas partes que los emplean y, al mismo tiempo, lo bastante robustos como para mantener una identidad común entre los sitios [...] Poseen diferentes significados en diferentes mundos sociales, pero su estructura es reconocible de un mundo al otro” (*Ídem*: 369). De este modo, como hemos visto en este capítulo, las colecciones calchaquíes no tienen el mismo significado para los distintos actores involucrados con ellas: para los estudiosos son una fuente de información y de conocimiento científico, los coleccionistas locales ven en ellas un medio para lograr beneficios económicos mediante su venta y los directores de museos las consideran como un conjunto de objetos útiles para colocar a sus instituciones dentro de un rango nacional o internacional. Sin embargo, a pesar de que estos intereses son muy diversos, e incluso divergentes-, el objeto delimitante “colecciones calchaquíes” permite aunarlos, y mantener una cierta cohesión entre los distintos actores.

¹⁵⁹ Star y Griesemer 1989.

Así, como producto de la cooperación, entre 1888 y 1902 la sub-sección de “Arqueología Calchaquí” del Museo se fue completando tanto con los envíos desde el terreno realizados por el mencionado corresponsal, como con las expediciones enviadas desde La Plata. En relación con esto último, en este capítulo hemos reseñado las prácticas desarrolladas en el terreno por los empleados del Museo, en contraposición a las llevadas a cabo por los residentes locales que vendían a la mejor oferta, sobre todo en lo referente al tipo de objetos recolectados y al registro de actividades *in situ*. Esta diferencia en las formas de proceder en el terreno se tornó más sensible hacia principios del siglo XX, momento en el cual las colecciones de antigüedades calchaquíes, como hemos visto, ingresaron con éxito en el mercado internacional de venta de colecciones para museos, provocando una verdadera “fiebre” por las colecciones entre los habitantes de la región. Es hacia 1900, cuando desde el *Museo de La Plata* Lafone Quevedo criticará, por medio de las publicaciones de la institución y de la prensa periódica, las actividades llevadas a cabo por esos coleccionistas a la “*bric-à-brac*” y el papel pasivo del Estado ante esas “destrucciones de sitios al por mayor”, en un contexto donde los métodos para el trabajo de campo en arqueología habían comenzado a ser definidos a partir de técnicas sistemáticas de registro, en contraposición a las actividades desarrolladas por los coleccionistas locales que en ocasiones falsificaban piezas, y que contribuían así al “descontrol de las antigüedades”.¹⁶⁰

¹⁶⁰ Podgorny 2004 a y b, y 2007 a.